

Miguel Ángel Vega, Ed.

*Textos clásicos de teoría
de la traducción*

CÁTEDRA
LINGÜÍSTICA

Melina Rezza Cinti

Presentación

EL COMIENZO DEL FIN DEL «CUENTO DE NUNCA ACABAR»

Ya hace medio siglo que V. Larbaud escribió en su invocación jeronimiana el siguiente pasaje: «seguramente la enumeración de todos los teóricos de la traducción sería el cuento de nunca acabar¹ y sólo un catálogo diccionario vendría a cuento. Pero sería interesante —y ésta sería una tarea que, si fuera editor, yo mismo emprendería— extraer de sus obras, demasiado poco conocidas para la mayoría, una serie de antologías que prepararan el camino a la reedición de los más grandes o más agradables de entre ellos»².

Hacer realidad la falta de atrevimiento de Larbaud es lo que pretende la presente edición: un inquieto y audaz editor y un servidor hemos pensado que efectivamente era llegada la hora de hacer memoria histórica de lo que la humanidad ha pensado sobre ese «democrático y pacífico»³ ejercicio de mutuo entendimiento humano que es la traducción. Al proyectarlo no hemos pensado solamente en el posible servicio utilitario (indiscutiblemente lo tiene) que semejante antología pudiera prestar a los estudiantes de las recientemente creadas Licenciaturas de Traducción e Interpretación o a los estudiosos del tema, que son muchos. Ambos, el estudiante y el estudioso, deberán empezar a tener las ideas claras muy por encima de las corrientes y opiniones, movimientos y escuelas que hoy en día les acechan. Deberán convencerse, desde el escepticismo que observa, de que lo que se

¹ En español en el original.

² V. Larbaud, *Sans l'invocation de Saint Jérôme*, Paris, Gallimard, 1973, pág. 99.

³ Así califica H. Broch a la traducción.

dice en nueva fraseología y terminología es el heracliteano eterno retorno de la polémica: libertad/fidelidad, adaptación/traducción, imitación/versión... *historia magistra vitae*.

Efectivamente, los intentos de interpretación del otro, la metodología a seguir en esa comprensión sería, como decía Larbaud, el cuento de nunca acabar, un cuento que, sin embargo, habrá que comenzar a contar algún día. De hecho, la presente edición ha sido precedida en el extranjero de intentos parecidos⁴ que nos han servido, no de inspiración, aunque sí de acicate. Sí, se empieza a contar el cuento. Nosotros hemos pretendido contarlo de una manera sintética, selectiva y, sobre todo, humanista. No nos parece justo el veredicto que el insigne traductólogo francés M. Ballard⁵ emite sobre esta reflexión traductológica tradicional. Es verdad que ésta no ha tenido un fin utilitario, que no ha considerado la traducción científica ni la interpretación. Pero en eso estriba su grandeza. Ha ido a la traducción por lo que de comunicación cultural, es decir, por lo que de humano había en ello, por el hombre mismo. Y eso es lo que, haciendo modestamente nuestras las intenciones de Benjamin o de Ortega, pretendemos con esta antología: que el traductor ya en activo o el que todavía se está formando sepa de dónde viene y adónde debe ir, para que no repita los mismos errores. Y para que crea en lo que hace, que es hermanar las naciones y las lenguas.

⁴ Ver primer apartado bibliográfico.

⁵ «La théorisation qui nous vient de l'Antiquité est à la fois relativement mince et révélatrice d'une approche erronée des problèmes qui se sont perpétués jusqu'à une époque récente... Aucun texte n'aborde le problème de l'interprétation, de la traduction scientifique, de la traduction commerciale ou diplomatique...» (*De Ciceron à Benjamin*, pág. 55.)

Introducción

1. LA IMPORTANCIA DE LO USUAL, EL COLOR DEL CRISTAL CON QUE SE MIRA O LA NECESIDAD DE UNA HISTORIA DE LA TRADUCCIÓN

No quisiera pecar contra la máxima de sabiduría griega que rechazaba la demasia, la trágica *hubris*, como inadecuada al precario destino humano so pena de incurrir en la ira divina: *meden agan*. Demasia tal fuera la afirmación de Richards que postulaba para la traducción una categoría trágica, por excesiva: «We have here indeed what may very probably be the most complex type of event yet produced in the evolution of the cosmos»¹. No obstante, si quisiera levantar la voz para reivindicar para la traducción una categoría social, histórica, científica, estética, incluso moral, de primer orden, categoría que tradicionalmente la sociedad, la historia, la ciencia, la estética, incluso la moral, le han negado. ¿Qué habría sido el mundo si no hubiera existido la posibilidad de traducir (= llevar a la otra parte, *traducere navem*) la verdad, la bondad y la belleza —quizás también el error— encerradas en la *Biblia*, en el *Corán*, en Shakespeare, en el *Quijote*, en el *Capital* de Marx, en los sueños interpretados de Freud o en la relatividad aplicada de Einstein, a una lengua distinta de aquella en la que originariamente se expresaron? ¿Qué sería del mundo si el empresario japonés no pudiera llegar al sentido del escrito que García & Cía., Madrid, le hace en la lengua de Cervantes solicitando los nissans que harán la competencia a esta parte de Europa consciente del ocio y la seguridad social, no tanto del rendimiento laboral? ¿Qué si el embajador de China en las Naciones Unidas no pudiera expresar el matiz de sus propo-

¹ «Estamos ante lo que probablemente se puede considerar como el más complejo suceso que hasta ahora ha tenido lugar en la evolución del cosmos» (Citado según Nida).

siciones en su propia lengua y tuviera que expresarse en el código lingüístico del geoimperialismo sajón?

La historia registra episodios en los que la traducción, es decir, el trasvase del pensamiento de un recipiente lingüístico a otro, ha sido decisivo. Roma dejó de ser la república «latina» que Catón pretendía cuando, a través de la naturalización que Livio hizo de la biblia griega, es decir, de los cantos homéricos, descubrió la dimensión, al menos mediterránea, de su vocación. La bárbara Europa que suplantó a la decadente Roma empezó a dejar atrás su barbarie cuando, a través de la *Biblia* de Ulfilas, el *Abrogans* (765), el *Isidor Fragment* (siglo VIII) o las *Evangelienharmonie* de Tatiano (830) y de O. von Weissenburgo, se hizo de nuevo con las fuentes de la sabiduría perdida en las invasiones. Poco a poco, Toledo o Amalfi contribuyeron decisivamente a que esa Europa dejara la concepción teocrática y teocéntrica y descubriera que la humanidad podía girar, gracias a la ciencia, alrededor de sí misma, al tiempo que Ficino o Eneas Silvio mostraban otra variante, la platónica, de la humanidad trascendida. Poco después, Lutero, con una simple traducción del discutido pasaje paulino «arbitramur hominem justificari ex fide, absque operibus»², causó la más profunda conmoción que Europa había vivido desde la desaparición del cuadro político creado por Roma. Y si quitásemos de los panoramas de la Inglaterra postelisabethana, de la Francia neoclásica o de la Alemania goetheana las traducciones de Dryden, Chapman, Pope, Roscommon, Shelley, Batteaux, Dacier, Wieland, Voltaire, Bertuch, Herder, Voss, Wieland o Schlegel, comprobaríamos, por contraste, el enriquecimiento que la traducción ha supuesto para el acervo común de la cultura europea.

Hoy en día, un cierto hábito de cultura ensimismada, no dialéctica, aureola el cuadro lingüístico anglosajón, que, basado en el prestigio político de su lengua —y como antaño los griegos³, que desde luego no rindieron ese servicio de mediación a una posteridad que tanto les admiró— desprecian lo otro, «lo no ellos». El hecho de que la mayor potencia lingüística del mundo —la antigua Commonwealth (exceptuada Canadá, obligada políticamente al bilingüismo) más Estados Unidos— tenga uno de los menores índices traductográficos relativos del conjunto de naciones cultas⁴ alude a su escasa curiosidad cultural y explica también más de un comportamiento político con su entorno humano. Siendo los USA la mayor potencia editorial,

² «Creemos que el hombre se salva por la fe.» Lutero tradujo el pasaje introduciendo el término *sola* o *allein* como implícito en el sentido.

³ Hasta muy entrado el helenismo no se tiene noticia de la existencia de una actividad traductora importante en Grecia.

⁴ Véase *Traduire l'Europe*, Lille, 1992.

con 84.540 títulos registrados estadísticamente para 1985, es chocante que sólo una mínima parte de ellos se deba al intercambio cultural con otras esferas lingüísticas: sólo 6.490 títulos estaban dedicados a la literatura, 1.480 son traducciones, y traducciones literarias sólo 450. Ejemplar, por defecto, el interés que esa nación tiene por todo lo que piensa y se expresa de manera distinta. Algo parecido sucede en el Reino Unido, que, con 34.430 impresiones, sólo dedica 460 a la traducción literaria, en un contexto de 8.680 traducciones literarias, mientras Francia edita 3.920 traducciones poéticas de un total de 29.370 títulos y en un contexto de 8.700 títulos dedicados a las bellas letras. La URSS, en ese mismo año, registraba unos 200 títulos menos que los USA, si bien 6.900 eran traducciones y 2.650 de ellas literarias. Ante este panorama no es de extrañar que USA exporte chicas de oro, rambos, robocops, arcas perdidas y parques jurásicos. ¡Viva la cultura!

A la inversa, uno de los rasgos más risueños del perfil cultural español del momento es esa afición, esa curiosidad traductora que difícilmente se casa con esa —pretendida, real o sólo estadística— escasa afición del español a la lectura. España es⁵ la nación comunitaria que, superada escasamente por Alemania y Francia en número de publicaciones, mayor espacio editorial reserva a las traducciones: un 20 por 100 (unos 9.000) de sus títulos editoriales (casi 50.000 al año) son importaciones de otras lenguas, importaciones que nos presentan el kafkiano mundo de Kadaré en la *pluma* traductora de Sánchez Lizarralde, el fantástico de Ende en la de Miguel Sáenz, o el expresionista de K. Krauss en las de Kovasics/Solar/Tortosa.

Bien es verdad que en nuestro país la traducción ha adolecido de la mayor desatención oficial, una desatención que sólo ahora, a destiempo y por la vía equivocada, se pretende subsanar recuperando el tiempo perdido.

Por otra parte, conocido es el efecto que una mala traducción puede tener en la vida práctica e histórica de los pueblos: el célebre *Telegrama de Ems* causó, por falsa *endo* o exotraducción, más de una tormenta en la historia de Europa. Y en España más de un accidente social se ha atribuido a desidia traductora. Preferimos no acusar.

¿Por qué, pues, si esto es así —y así es efectivamente— no ha recibido la traducción más atención que la que supone una escasa promoción mecénica, en forma de premios o subvenciones puntuales que no fomentan estructuralmente ni la calidad de la traducción ni la conciencia de su importancia? Incluso hay bibliotecas universitarias —y no me estoy refiriendo a las españolas, sino a otras que en nues-

⁵ De nuevo remito al trabajo de *Traduire l'Europe*, arriba citado.

tros lares siempre se ponen como modelo— que no tienen en sus fondos más de un par de títulos acerca de la traducción. Tal vez sea el de la traducción el destino de lo vehicular, de lo medial: pasar desapercibido. El miope y el presbita no tienen conciencia de sus gafas nada más que cuando les faltan o cuando les fallan. Quizás sea buen síntoma que no pensemos en la traducción. No vemos la traducción, porque nos hemos acostumbrado a la mediación que supone, porque se nos ha hecho ambiente, medio físico, porque, a pesar de los pesares, sigue funcionando, cumpliendo sus tareas, tareas que responden a uno de los más bellos condicionamientos de la naturaleza social del hombre: el polimorfismo lingüístico. Porque, ¿se imaginan lo que sería ese mismo mundo si no existiera la maldición divina de Babel, es decir, si todos estuviéramos condenados a la monotonía lingüística, a la unidad de pensamiento que supondría la existencia de un solo idioma? ¿Se imaginan ustedes lo que sería el mundo si, a estas alturas del siglo xx, todos fuéramos americanos? Bien es verdad que llevamos camino de serlo. Y cuando lleguemos a ello, será algo así como conocer los límites del propio horizonte, la fecha de la propia muerte. Hay algo de grandioso en esa encarnación «histórica», en esa necesidad de «concreción» en el tiempo, en el espacio y, sobre todo, en la lengua, de lo que la filosofía medieval llamaba «transcendentales», es decir, de la verdad, la bondad y la belleza; concreción o encarnación que, sin embargo, obliga al esfuerzo de comprensión de las otras desde la propia, a la curiosidad por la otra lengua desde la nuestra, al viaje hacia el otro y lo otro. Y el vehículo de ese viaje es la traducción.

En esa naturaleza viajera estriba el carácter irremediable, inevitablemente subjetivo de la traducción. Por parte del viajero, el esfuerzo de empatía con el país, la gente y la cultura visitados puede ser absolutamente comprometido y moralmente orientado a la objetividad. El resultado, sin embargo, siempre será la visión de lo otro desde lo propio, desde la propia idiosincrasia y desde el propio idioma. Por eso, la traducción son las gafas machadianas con las que vemos lo otro; es el color que tiñe las realidades a las que lingüísticamente no podemos llegar de una manera directa, bien sea la *Divina Comedia* o el sistema de producción de las empresas automovilísticas japonesas. Y toda subjetividad trata de justificarse, de dar explicaciones. Tal y como ha sucedido con la traducción y los traductores: han relatado sus vivencias viajeras, han reflexionado sobre ellas, han dado explicaciones de su proceder... Desde siempre, la vivencia viajera se fijaba en unos testimonios —diarios de bitácora, relatos de viajes, etc.— que daban noticia, que explicaban y justificaban. Y eso mismo ha hecho la traducción, que ha acompañado —en prólogos, tratados, recensiones, etcétera— ese viaje lingüístico, literario, que ella misma es, de la oportuna reflexión, de la no pedida justificación.

Y a esto se refiere lo que aquí pretendemos hacer: llenar una laguna. La que supone el desconocimiento que la cultura y la sociedad han tenido del pasado de la actividad y de la reflexión que ésta ha provocado. Hora es ya de conocer, estudiar, para orientar el futuro, lo que ha sido el pasado de la traducción. El recientemente desaparecido Antoine Berman⁶ lo ha expresado en uno de sus últimos estudios: «la constitution d'une histoire de la traduction est la première tâche d'une théorie moderne de la traduction». Efectivamente, esta tarea está todavía por hacer. Investigadores que fueron o que son, como H. van Hoof en Bélgica, Fraenzel o Sdun en Alemania, Mounin en Francia, Larose en Canadá o García Yebra y Julio César Santoyo en España⁷, han conseguido desbrozar el camino por donde podrá seguir la investigación, una investigación que en España todavía no goza de una situación digna, y mucho menos justa con la tradición traductora de nuestro país.

La organización académica y social de una actividad que hasta hace poco se relegaba a ámbitos privados, con infinidad de escuelas —demasiadas en todo caso— dedicadas a la formación de traductores, e instituciones públicas y privadas de apoyo a la misma, exige el formalizar científicamente una nueva disciplina, una de cuyas primeras exigencias es la teórica y la histórica. A estas exigencias responde esta Antología: a la exigencia de historiar ese constante viaje a lo otro que es la traducción y los principios que lo guiaron y todavía lo guían.

2. UNA PRECISIÓN METODOLÓGICA: UNA CUESTIÓN DE TÉRMINOS O DE LA UNIDAD DE LO TRIPLE

Antes de relatar el decurso del tiempo a través del pensamiento traductológico, se impone una precisión terminológica que podría tener una múltiple formulación interrogativa: ¿en qué consiste la teoría de la traducción?, ¿qué es la traductología?, ¿cuáles son los textos que constituyen ese corpus de la teoría de la traducción? Si la gama terminológica que designa ese acto de cambiar un contenido mental de un sistema de signos lingüísticos a otro es ya de por sí amplia⁸, no lo es

⁶ *L'épreuve de l'étranger. Culture et traduction dans l'Allemagne romantique.*

⁷ Véase Bibliografía.

⁸ En griego la traducción es una *metáfora*, una *metátesis* o *metáfrase*; en latín, una *translatio*, o una *conversio*; San Jerónimo hablaba de *interpretatio*; el humanista francés Robert Estienne acuña el término *traductio*; ya antes Bruni había utilizado el término *traducere*; en inglés se conserva la raíz latina *translation*; en francés y castellano se hace uso del término introducido por Estienne o, como alternativa, se habla de *versión*, *tema*, *rendre* como verbo; en alemán se ha utilizado los términos *Übersetzung* (= acto de pasar a la otra parte

menos la gama diferencial de los textos que ordinariamente se ponen bajo el epígrafe *teoría de la traducción*⁹. Desde las *instrucciones normativas de la actividad* hasta la *descripción lingüística del proceso*, pasando por la *crítica estilística del resultado*: todo cabe en ese epígrafe que a lo largo de la historia ha tenido diferente realización: sólo en las últimas décadas, a partir de 1960, se ha practicado una teoría descriptiva de carácter lingüístico con pretensiones científicas que ha sustituido a las *poéticas traductológicas* hasta entonces normales. El hecho de que esta traductología lingüística se haya presentado con esas pretensiones científicas —y de éstas es buen testimonio el libro de Wilss¹⁰— no quiere decir que las anteriores no tengan sentido. Todo lo contrario: ambas orientaciones se complementan y se exigen mutuamente. La descripción procesual crea la conciencia de que la actividad debe ir acompañada siempre de una poética normativa que oriente la práctica. Por eso, dado que esta segunda teoría, la científico-lingüística, disfruta actualmente de una favorable coyuntura, la hemos excluido de nuestra consideración y nos hemos limitado exclusivamente a esa teoría de carácter estético, hermenéutico o crítico, es decir, a la *filosofía de la traducción* y a su poética. La *lingüística de la traducción* (Mounin, Barjudarov, Fedorov, Wilss, Nida, Reiss, etc.) está sobradamente presente en el ambiente académico y editorial y aquí sólo pretendemos rescatar la teoría cautiva del pasado o del olvido, pues creemos que la perspectiva histórica es parte integral del conocimiento filológico de esta actividad, así como de su interpretación cultural.

Al hablar de los textos clásicos, hemos utilizado el término tanto en su sentido *cronológico* como en su sentido *cualitativo*: nos hemos referido a aquellos textos que, siendo antiguos, han hecho escuela, *clase*, si bien el carácter de consagración, consustancial a lo clásico, no exige la antigüedad como requisito. Por eso hemos incluido textos modernos que, por su extraordinario valor orientador de la práctica —función de la teoría—, han accedido a esa categoría de consagrados. Por todo esto figuran en nuestra antología Ortega, Benjamin, o Meschonnic y no Mounin, Reiss o Catford, cuyas obras tienen, por su parte, un enorme valor descriptivo.

u orilla), *Dolmetschen*, *Verteutschung*, *Eindeutschung* (alemanizar), *Übertragung* (transponer), etcétera.

⁹ De esta amplitud conceptual dan fe los diferentes términos que se han utilizado: *translémica*, *traductología*, *Übersetzungswissenschaft*, teoría de la traducción, *Translations Studies*, etc.

¹⁰ Wilss, *Übersetzungswissenschaft. Probleme und Methoden*, Stuttgart, 1977.

3. EL CONTEXTO: TRADUCCIÓN Y TEORÍA DE LA TRADUCCIÓN: ¿UNÍSONO O HARMONÍA?

3.1. *De las altas culturas al Humanismo o la prehistoria de la traductología*

El viaje empezó, que se sepa y desde una perspectiva eurocéntrica, en las Altas Culturas, en dos espacios, el mediterráneo y el mesopotámico, en los que tuvieron lugar los primeros contactos internacionales o interlingüísticos. No podía ser menos siendo estos espacios donde, a juzgar por el mito de Babel, más conciencia quedaba de la posibilidad de un lenguaje común. Testimonios directos o indirectos remontan la actividad profesional de la traducción a varios milenios antes de Cristo. Ha tenido que tratarse sobre todo, aunque no exclusivamente, de una traducción oral, es decir, lo que hoy llamamos interpretación. Las relaciones económicas o políticas entre las diversas naciones que componían esos cuadros han dado la primacía a esta variante de transferencia lingüística, la funcional, si bien en el imperio sumerio-acadio hubo una importante actividad de traducción poética¹¹ del sumerio al acadio.

Herodoto da cuenta de la existencia en Egipto, como casta independiente, de los *dragomanes* o traductores, los cuales debieron de ser socialmente considerados, ya que el título de Jefe de Traductores lo detentaron altos cargos de la administración. Posteriormente, en el Cartago púnico, al parecer más un centrifugo conglomerado de pueblos que una potencia unirracional de talante imperialista, se registra la existencia de una casta profesional, la de los traductores, que lleva como distintivo la cabeza rapada y el tatuaje de un loro para distinguir sus capacidades uni- o plurilingües. Como K. Thieme afirma, «es fácilmente presumible que la existencia organizada del oficio de intérprete haya supuesto la existencia de una pluralidad de estados en igualdad de derechos»¹². Sin embargo, la experiencia acumulada en el ejercicio temprano de esa actividad ha tardado en fijarse por escrito. Antes de que aparezca la primera reflexión teórica o crítica sobre la traducción, ésta dejará importantes testimonios de su historia, como la Piedra de Rosetta o la traducción de la Biblia al griego, denominada de los *Septuaginta*¹³, episodios que, sin embargo, no producen nin-

¹¹ Véase al respecto el trabajo de García Yebra que se menciona en la Bibliografía.

¹² Véase K. Thieme, «Die Bedeutung des Dolmetschens für die Weltgeschichte Europas», en *Beiträge zur Geschichte des Dolmetschens*, 1956, pág. 28.

¹³ Según la tradición talmúdica, la versión de los Setenta habría sido inspirada por

guna reflexión explícita. Con todo, la súplica del traductor del *Eclesiástico* del hebreo al griego —el nieto de Ben Sirach—, pidiendo indulgencia por los posibles errores de traducción, manifiesta una primera conciencia refleja de la tarea y misión del traductor: este judío de la Diáspora confiesa que, a pesar de su esmero, no siempre ha conseguido la versión correcta, pues para aquello que originariamente se expresó en hebreo, si se quiere traducir a otra lengua, no siempre existe la correspondencia exacta.

Quizás haya sido la conciencia de la igualdad de las naciones que iban integrando el Imperio lo que ha provocado el impulso traductor de Roma. En Roma surgen los primeros testimonios fehacientes de una actividad traductora por motivos culturales. A través de ella, la traducción va ganando imagen pública a la interpretación. En el siglo III a. C., Livio Andrónico traduce la *Odisea* y posteriormente Cicerón hará lo mismo con los discursos de Demóstenes y Esquines, Ennio con las tragedias de Eurípides, Catulo con la lírica de la poetisa de Lesbos y Horacio con la de Alceo. Esta actividad traductora ha tenido en la mayoría de los casos una finalidad literaria, siendo el texto original un motivo para la recreación o la propia composición.

También en Roma, la actividad de los intérpretes tuvo la importancia que exigía la administración de un imperio multinacional¹⁴. Y es en Roma donde hacen su aparición las primeras manifestaciones de reflexión acerca de la traducción. Cicerón, Horacio, Plinio y Quintiliano se expresan en diferentes ocasiones sobre el método y el valor de la traducción. Del orador Cicerón proviene la primera, supuesta, recusación de la traducción literal. En *De optimo genere oratorum*, una de las primeras preceptivas poéticas, dedica una pequeña alusión a la traducción, en la que distingue dos tipos o variantes: la realizada con un criterio de intérprete y la realizada con criterio de orador. La del intérprete exige fidelidad, la del poeta u orador rechaza el método de palabra por palabra. Este texto se ha aducido siempre *ex auctoritate* como un rechazo por parte del célebre retórico de la traducción literal. Sin embargo, lo único que afirma es la existencia de dos maneras de traducir: la del traductor y la del poeta, la fiel y la libre. Bien es verdad que en *De finibus*, el insigne orador confesaba no tener empacho en expresar con varios términos lo que no podía expresar con la brevedad que exigía el griego.

Por su parte, el pasaje de la *Epístola a los Pisones* que Horacio dedica

el espíritu divino, de tal manera que los setenta traductores judíos que, en representación a las doce tribus de Israel, fueron reunidos en Faros por Ptolomeo, coincidieron en redactar un único texto meta, a pesar de haber trabajado en grupos separados.

¹⁴ Para mayor información al respecto, remitimos al trabajo de A. Hermann, «Dolmetschen im Altertum», en *Beitr. zur Geschichte des Dolmetschens*, págs. 41 y ss.

a la traducción hizo escuela, mal interpretado, por desgracia, a lo largo de la historia, esgrimiéndose en contra de la traducción literal. Todavía en escritos recientes se suele dar al célebre pasaje («Nec verbum verbo curabis reddere fidus interpres nec desilies imitator in artum») un sentido que no tiene, al interpretarse como si el poeta y preceptista aconsejara al *fidus interpres* no traducir literalmente. La pretensión de Horacio, su querer decir, sólo se refiere, como en el pasaje de Cicerón, a las dos maneras posibles de traducir. De ellas desaconseja una, la del intérprete, al que quiera ser poeta. Si este pasaje ha sido utilizado frecuentemente sin rigor y sacado del contexto, hay otro pasaje de Terencio que, abogando por la traducción literal, se ha silenciado, sabe Dios por qué: en el prólogo de *Adelphoi*, Terencio hace alusión a que Plauto ha omitido en una de sus obras un motivo de la fuente literaria griega que él, Terencio, recoge en su literalidad; «eum Plautus locum reliquit integrum, eum hic locum sumsit sibi in Adelphos, verbum de verbo expressum extulit»¹⁵. No deja de resultar chocante —y en todo caso hace alusión a la confianza del comediógrafo latino en la posibilidad de adaptación de las dos lenguas— que en un texto de carácter escénico, el autor recoja palabra por palabra la literalidad de un texto griego para espectadores latinos.

Quintiliano y Plinio aportan algunos otros testimonios de reflexión traductológica. El segundo recomienda la traducción como ejercicio de estilo en un pasaje que también haría fortuna, sobre todo en los preceptistas del barroco y la Ilustración.

Sin embargo, todos estos nombres son sólo precursores de la teoría de la traducción, cuyo fundador propiamente dicho es San Jerónimo, el padre de la Iglesia que, eremita en Belén, al final del siglo IV se dedica a traducir la *Biblia* al latín, entonces lengua vernácula, tarea en la que gastaría la mayor parte de su vida: treinta años. Como resultado teórico de su continua actividad traductora legaría a la posteridad la carta fundacional de la traductología, dirigida a uno de sus discípulos, de nombre Pammaquio. En ella expondría —con una iracundia no muy propia de un padre de la Iglesia, aunque en todo caso disculpable, pues como traductor debía estar hasta los mismísimos— el procedimiento y método seguidos por él en su traducción, con lo que produciría la primera poética de la traducción: *De optimo genere interpretandi* o «De la mejor manera de traducir». Esta carta se ha presentado —de nuevo tenemos que decir que con una cierta dosis de unilateralidad— como la sanción, de nuevo *ex auctoritate*, de la traducción sensual o según el sentido. Con cierta dosis de unilateralidad, decimos, porque San Jerónimo se pronuncia a favor de ambas opciones, la lite-

¹⁵ «Ese pasaje lo omitió íntegramente Plauto, ese pasaje lo tomó (el autor presente) para el Adelphos, extrayéndolo palabra por palabra.»

ral y la «sensual» o libertaria: «ego enim non solum fateor, sed libera voce profiteor me in interpretatione Graecorum, absque scripturis sanctis, ubi et verborum ordo mysterium est, non verbum ex verbo, sed sensum exprimere de sensu»¹⁶. Mientras que en la traducción sacra defiende el principio de la literalidad, en la literaria, tal vez entendida como una especie de poética propia, como pretexto para la recreación, pretende extraer el sentido del sentido.

La *Epístola ad Pammachium* no fue la única reflexión traductológica del santo traductor, quien tal vez fuera lo primero por lo segundo. En otras cartas o en los numerosos prólogos a sus traducciones ha dado los motivos de su proceder. En otra (a Rufino, 1) hace evidente su rechazo de la traducción literal de las expresiones idiomáticas o metáforas propias de una lengua: «omnis metaphora, si de alia in aliam linguam transferatur ad verbum..., orationis sensus et germina suffocantur»¹⁷. En el prólogo a *Job*, asemejaba la traducción al intento de apresar con las manos una anguila, «quanto fortius presseris, tanto citius elabitur».

Por esa misma época, en la que San Jerónimo trabajaba en la traducción de la *Biblia*, se realizaba la primera traducción de ésta a una lengua vernácula. Ulfilas, obispo arriano de los godos en la etapa eufrásica de éstos, traducía, utilizando caracteres creados por él, la *Biblia* al gótico. En España, Martín Bracaraense iniciaba igualmente nuestra historia de la traducción. En la Italia bárbara, Boecio, además de consolarse con la filosofía, lo hacía con la traducción de Porfirio, Platón y Aristóteles —siguiendo un literalismo exacerbado—, y en Nisibis, los nestorianos, perseguidos por el cristianismo oficial, fundaban la primera escuela de traductores a la que seguiría, entre otras, la de Damasco y Bagdad. Las tres harían del Medio Oriente el refugio de la sabiduría antigua que había estado a punto de perecer en la época de las invasiones. La última de ellas haría época cultural. La fecha inicial de sus actividades el año 753 y la final las postrimerías del siglo x. Su figura central es Hunayn Ibn Isak, personalidad polifacética (médico, filósofo y filólogo) de confesión nestoriana que iniciará el ejercicio profesional de la traducción¹⁸, traduciendo más de un centenar de obras. A través de las traducciones del griego al siríaco (Nisibis) y de éste al árabe —primero de la ciencia griega y después de su filosofía—, se creará la base de cultura clásica que después retornará a Europa a tra-

¹⁶ «No sólo confieso, sino que además lo hago sin restricciones, que en la interpretación de los autores griegos, aunque no en la traducción de las Sagradas Escrituras, donde incluso el orden de las palabras es misterio, no traduzco palabra por palabra, sino sacando el sentido del sentido.»

¹⁷ «Toda metáfora que se traduzca literalmente de una lengua a otra matará el sentido de la oración.»

¹⁸ Véase Solama Carr, *La traduction à l'époque abbaside*, París, 1990.

vés de Toledo. El punto de referencia de su actividad traductora serían las obras médicas de la Antigüedad (Galeno, por ejemplo), que Hunayn Ibn Isak pretenderá recuperar para la ciencia árabe. Estas traducciones constituyen el primer impulso a una ciencia que después iluminaría a Occidente.

Como indica M. Ballard¹⁹, la mayoría de los traductores de Bagdad son cristianos y forman una especie de casta que en su metodología traductora se muestra liberal, enriqueciendo la lengua árabe con una serie de préstamos de términos entonces inexistentes en esa lengua.

La tímida recuperación de la Antigüedad, gracias a la cual la nueva Europa va saliendo de la época oscura de las invasiones y accediendo a la civilización, es, como ya hemos dicho, un acto de traducción. En Fulda, Hrabanus Maurus; Notker der Deutsche en S. Gallen; en la Aquisgrán carolingia Alcuino, y en Inglaterra Alfredo el Grande son grandes nombres de esta traducción medieval que empieza a aportar a la cultura vernácula sus bases literarias con la traducción de los *Evangelios* o las hagiografías latinas. Beda el Venerable, por ejemplo, traduciría el *Evangelio* de San Juan, y Alfredo el Grande la *Historia universal* de Osorio. Este monarca introducía sus traducciones con prólogos en los que, entre otras cosas, se preguntaba por la escasez de traducciones. Pero el mayor episodio traductor del Medievo y uno de los más importantes, culturalmente, de su historia lo constituye la actividad que, a partir del siglo xii, desarrolla el grupo de traductores de Toledo. La Escuela de Toledo²⁰ se funda —de nuevo por la necesidad de convivencia que impone la conquista cristiana de la ciudad— en 1130 y tiene su apogeo hacia mediados del siglo xiii gracias a la actuación del obispo Raimundo de Borgoña y del Rey Sabio, quien hace traducir al romance, entre otras cosas, la *Biblia*. El resultado de esa traducción será la llamada *Biblia Alfonsina*²¹. Miembros de esta academia de traductores —que se adelanta a las eruditas del Renacimiento italiano en varios siglos— son, entre otros, Gerardo de Cremona, Domingo Gundisalvo, Juan Hispano, Marcos de Toledo, Hermann de Carintia, etc., que pasan al latín las obras de Avicena, Aristóteles, Hipócrates, Tolomeo y Galeno. Todos ellos se sirven y sancionan la traducción «mediada»: el texto árabe es vertido por un judío del árabe al romance y un cristiano lo hace de éste al latín. Se

¹⁹ *De Ciceron à Benjamin. Traducteurs, Traductions, Reflexions*, Lille, 1992.

²⁰ La obra fundamental sobre la Escuela toledana es la de Millas Vallierosa, *Las traducciones orientales en los manuscritos de la Biblioteca de la Catedral de Toledo*, Madrid, 1942.

²¹ Esta Biblia no sería, sin embargo, la primera en lengua romance; ya que, aunque no se ha podido localizar ningún texto de la misma, parece que ha existido una anterior, pues Jaime I prohibiría en el concilio de Tarragona el que clérigos o civiles guardasen ningún ejemplar de Biblia en lengua vulgar.

sabe, por ejemplo, que Gundisalvo ha trabajado con Ibn Dāwūd o Gerardo de Cremona con Galbi. De esta manera, la *traducción en equipo*, ya ensayada por los Setenta de la *Biblia de Alejandria*, y que con el tiempo escribiría grandes capítulos de la historia de la traductografía —la *Biblia de Lutero*, por ejemplo, es tanto obra suya como de sus colaboradores— se ponía de nuevo en práctica, esta vez de una manera sistemática. De manera sistemática, también, se ha puesto en práctica esa, legendaria o real, convivencia de las tres culturas en España, y más en concreto, en Toledo, gracias a la traducción.

Como había sucedido en Bagdad, también en Toledo se trataba mayormente de *traducciones verticales*, si bien a la inversa: de una lengua popular árabe o romana a una lengua de prestigio²². Casi todas las traducciones de Toledo tienen un carácter utilitario y en Toledo la traducción poética apenas tiene importancia.

Si bien no podemos admitir en su totalidad la afirmación de T. R. Steiner («In the Middle Ages and the early Renaissance, there was no theory of translation, literary or any other kind»)²³, sí que debemos aceptar que, si se exceptúan la carta de Maimónides a Ibn Tibbon, los prólogos de Alfredo el Grande y algunas otras manifestaciones incidentales²⁴, toda esta frenética actividad traductora ha dejado escasos testimonios de reflexión sobre la misma. La carta que el judío español, emigrado al norte de África, dirige al traductor de su *Guía de perplejos*, Ibn Tibbon, es un alegato a favor de la traducción «según la inteligencia», a favor de una traducción que «desciende a lo más profundo del significado». Para Maimónides, la traducción palabra por palabra impide la intelección del texto.

Dante, empeñado en una tarea de reivindicación de la lengua en la que él escribía, dedica a la traducción en *Il Convivio* unas reflexiones en las que alude a la dificultad de la traducción literal: «nulla cosa per legame musaico armonizzata si può de la sua loquela in alta transmutare, senza rompere tutta sua dolcezza e armonia»²⁵. En España se irá trasladando la atención de la traducción de las obras científicas a las

²² Traducción vertical ha denominado un investigador italiano de la traducción a la versión que tiene lugar de una lengua de prestigio (el latín o el griego) a una lengua vernácula.

²³ En *English Translation Theory*, pág. 7.

²⁴ Como la de Osbern Bokenam, quien rechaza la traducción palabra por palabra: *Not wurde for wurde —for that we may be in no translation, after Jeromus decree— But from sentence to sentence. O la de John de Trevisa, más ecléctico: In some place I shall set word for word, and active for active, and passive for passive, and row right as it standeth, without changing of the order of words. But in some place I must change the order of words, and set active for passive and again-ward. And in some place I must set reason for a word and tell what it meaneth. But for all such changing the meaning shall stand an not be changed.*

²⁵ «Ninguna cosa que la musa haya armonizado podrá ser trasladada de su lengua a otra sin romper toda su dulzura y armonía.»

poéticas —a ellas dedican sus esfuerzos el canciller López de Ayala, Enrique de Villena, González de Mendoza, el príncipe Carlos (de Viana), etc.— y en Francia, la traducción de Aristóteles de Nicole Oresme (1370) inicia la auténtica historia de una traducción que con anterioridad sólo se había ejercido ocasionalmente en el país galo. En Inglaterra, la traducción que de la *Biblia* hace Wycleff empieza a plantear el método más idóneo para su intelección y su efectividad entre el pueblo: la vulgarización. El carácter herético de sus pretensiones lo llevó a la hoguera después de muerto, siendo aventadas sus cenizas, hecho que podría valer como símbolo del sino que la posteridad reserva al traductor, cuya memoria se da al viento del olvido. Un destino semejante también le afectaría al nuevo versor de la *Biblia*, Tyndale, en 1536²⁶. Apresado en Aubers, fue ejecutado en Vilaoorde. Tomás Moro, que había arremetido contra esta traducción en una *Confutation*, la condenaba a la hoguera. La traducción entraba así de lleno en las disputas religiosas y políticas del Renacimiento.

3.2. De prefacios, cartas y poéticas o la Edad Antigua de la teoría de la traducción: de Bruní a Ortega

3.2.1. Aparición de la traductología y valencia política, religiosa y moral de la traducción

Cuando la Baja Edad Media se despide, en Italia, el aretino Leonardo Bruni inicia la historia de los manuales de traducción: *De recta interpretatione*²⁷. Antes, L. Pilato, por iniciativa de Boccaccio y Petrarca (este último había recibido un ejemplar de la *Iliada* y el primero le había buscado traductor), pondría la primera piedra de lo que después se llamaría Renacimiento con la traducción de la obra de Homero. La contribución de Bruni es la primera y casi la única que los italianos han hecho a la traductología. A pesar de la densa historia traductora de la nación, hace siglos que los teóricos italianos han callado y no han contribuido con ningún escrito de importancia a la teoría de la traducción. Algunas reflexiones incidentales de Croce o Gentile jalonan ese camino solitario que sólo en los años más recientes, con Arcaimí o Folena, empieza a poblarse de nombres importantes.

En el ensayo de Bruni se documenta por primera vez la palabra *traduco*: «dico igitur omnem interpretationis vim in eo consistere, ut, quod in altera lingua scriptum sit, id in alteram recte traducatur»²⁸.

²⁶ Con relación a la actividad versora de Tyndale, véase F. R. Amos, *Early Theories on Translation*, Nueva York, 1919.

²⁷ Véase Bibliografía.

²⁸ Por tanto, digo que la fuerza de toda interpretación consiste en que lo que se haya

Por lo demás, este aretino esboza una sencilla poética de la traducción que se anticipa a la de Dolet en más de un siglo. No basta el conocimiento de ambas lenguas, la de origen y la de destino, para ser buen traductor. Además de esto exige —en un pasaje que ya anticipa el análisis de las fases del proceso traductivo realizado por la moderna traductología: la comprensión y la expresión— una cierta destreza traductiva: «recto autem id facere nemo potest, qui non multam ac magnam habeat utriusque linguae peritiam. Nec id quidem satis. Multi enim ad intelligendum idonei, ad explicandum tamen non idonei sunt»²⁹.

Con la llegada del Humanismo, la influencia que la traducción de las obras clásicas ejerce en la formación de las nuevas lenguas hace que la traducción se convierta en una cuestión política. El Renacimiento alemán tiene una enorme corriente traductora³⁰, tanto en el campo de la traducción sacra como en el de la profana. Esta traductografía plantea cuestiones a un patriotismo lingüístico, ya que se trata de casar la afición a la Antigüedad con el desarrollo de la lengua vernácula. Nicolau von Wyle (1478) con su pretensión literalista («ain yedes wort gegen ain andern wort»), expresada en la introducción a sus traducciones latinas, despierta un cierto recelo por parte del nacionalismo lingüístico del que Lutero será el máximo exponente. En Francia se utiliza la lengua como medio político al servicio de la unidad centralizadora. El traductor y traductólogo ruso-francés Cary ha señalado ese carácter político de la traducción: «La traduction était devenue une affaire d'Etat et une affaire de religion»³¹. El hecho de que el traductor francés Etienne Dolet acabe en la hoguera —y no fue el único traductor francés que sufrió tal destino— por un quitame allá esas pajas traductológicas pone de manifiesto la verdad de este aserto. Du Bellay, por su parte, sale a la palestra con su *Deffence* y en las poéticas de Peletier y Sebillet se norma y pone coto a la traducción indiscriminada. Ante esa *traducción vertical* que introducía a los clásicos en Francia, el país ha desarrollado una conciencia de defensa, una especie de complejo de erizo frente a las influencias que el prestigio del latín pudieran tener en la lengua francesa. Pero mientras en Francia estas defensas patrióticas suscitadas por la confrontación con la Anti-

escrito en una lengua se traslada correctamente a otra. Otras versiones, la de Larose por ejemplo, hace a Robert Estienne propietario de la idea: *Mais c'est a Robert Estienne que l'on doit l'introduction du verbe traduire en français (1539), où il délègue rapidement l'ancien terme traducteur.*

²⁹ «Sin embargo, nadie podrá realizar esto adecuadamente que no tenga una gran pericia en ambas lenguas. Pero esto no es suficiente, pues muchos son capaces de comprender, no así de explicar.»

³⁰ Véase Stammler, *Zur Sprachgeschichte des 15 u. 16 Jhdts.*

³¹ Cary, *Les grands traducteurs français*, pág. 7.

güedad surtieron efecto, en Alemania el estado federal de su cuadro político, con todas sus tendencias centrífugas, impidió que el alemán, a pesar de la influencia de Lutero, llegara a una uniformidad y a una madurez. Como indica Stammler, el hecho de considerarse sucesores del Antiguo Imperio Romano ha debido influir para que casi todos sus humanistas intentaran referirse a la Antigüedad como seña de identidad cultural. Albrecht von Eyb, Nikolaus von Wyle o Reuchlin emprenden una tarea de popularización de la cultura antigua que se ve apoyada en la floreciente industria impresora que un alemán había introducido a mediados del siglo y que, desde Maguncia, se extendería rápidamente a Ulm, Nuremberg, Estrasburgo y, más tarde, a Leipzig y Francfort, los dos emporios del libro. De esta época especialmente data la influencia léxico-semántica de las lenguas clásicas, del latín sobre todo, en el alemán. El prefacio de Valentin Boltz a su traducción de Terencio, citado por Stammler, es un testimonio de esta influencia: «Es ist der lateinischen sprach ein trefflicher ruhm und hoher preiss, dass sie so hohe wunderliche ding hinter ihr verborgen hat gethan, und macht uns teuschen, dass wir erst anfachen unser eigen Sprach regulieren und wolstellen»³². El hecho de que la primera industria editorial alemana se nutra básicamente de estas traducciones habla a favor de esa afición de la burguesía nacional a la cultura clásica. Frente a esta afición estaba la oposición de la Iglesia, que no sólo vigilaba las traducciones bíblicas, sino también las mundanas por lo que en ellas pudiera haber, y lo había, de inmoral. La traducción del *Ars Amandi* de Ovidio realizada por Albrecht von Halbers-tadt (1212) y editada en Maguncia en 1545, fue un caso paradigmático de esta vigilancia eclesiástica sobre las traducciones profanas.

El violento rechazo de la latinización del alemán por parte de Lutero demuestra también la dimensión política de la traducción. Frente a la dependencia alemana del exterior (del Papado, entre otras cosas, a través de la lengua y la religión), Lutero propone la atención a la lengua vernácula como medio de concienciación nacional. Consecuentemente, la versión será para él tanto *Dolmetschung* o *Übersetzen*, como *Eindeutschung* o *Verdeutschung*, es decir, alemanización. Retirado a la Wartburg, se dedica, con la ayuda de Melancton y otros partidarios, a la «alemanización» de la *Biblia*. Dígase de paso que también los ingleses hablaban de la traducción como de un proceso de «anglización» (*englishing*).

Es precisamente esta valencia múltiple de la traducción la que en el humanismo precisamente consagra como costumbre el prefacio o la carta al lector, explicativos ambos del procedimiento seguido. Ya en la segunda traducción de la *Biblia* al inglés, la realizada por Wy-

³² Citado según Stammler, pág. 173.

cleff (1385), éste había explicado en un prólogo sus opciones traductoras. Y Tyndale, un siglo más tarde, haría lo mismo para proponer como modelo la traducción-adaptación, lo que no le libraría de la hoguera.

Efectivamente, los prólogos justificativos eran, debido en parte a esa dimensión política de la traducción, una exigencia. Por lo que pudiera suceder, el traductor daba razones de su opción traductora, incluso aunque el texto no tuviera que ver con cuestiones dogmáticas: Sieder en su traducción de Apuleyo, Schöfflerlin en su traducción de Livio, etc. Así, durante siglos, estos prefacios será el único corpus traductológico.

3.2.2. Literalistas frente a libertarios. La belleza infiel y los celos de la belleza

3.2.2.1. Los alemanes

A partir del Renacimiento, la traducción se convierte en piedra de toque poética: todo poeta que se precie, o bien rellena horas de ocio con la traducción, o bien imita y recrea las obras clásicas que son las líneas magistrales de la nueva cultura. La traducción adquiere categoría de género literario y de formadora de estilo y de personalidad. Todos los preceptistas echan mano de los pasajes de Plinio o Quintiliano para probar el valor educativo de la versión. Y todo esto no hace sino aumentar la indiscutible presión —producto del prestigio, de la tradición y de la cultura que vehicula— que la LO ejerce sobre la LD, presión ante la cual se desarrolla un cierto instinto de rechazo. Es así como el traductor opta frecuentemente por llevar aquélla a ésta. En alemán, por ejemplo, se traduce *miles* por *Ritter* o *senator* por *Ratsherr*, lo que no dejaba de ser un gran anacronismo traductológico.

El máximo exponente de esta tendencia adaptadora es Lutero, quien en 1530 sale en defensa de su traducción de la Biblia y escribe una *Sendbrief vom Dolmetschen* o «Carta circular sobre la traducción». Este panfleto se convertirá en el primer gran escrito teórico de la traducción después de la carta de San Jerónimo y del manualillo de Bruní. En él, el proscrito Junker Jörg de la Wartburg, es decir, el mismo Lutero disfrazado de hidalgo, sanciona la traducción *ad sensum* (*Meynung*), respetuosa con la propia lengua y su estilo (*Art*). Ese respeto a la lengua-término es lo que le hace introducir en el célebre pasaje paulino de Romanos 3, 28 —«arbitramur hominem iustificari ex fide absque operibus»³³— un término inexistente en el texto original:

³³ «Consideramos que el hombre se salva por la fe sin las obras.»

«sola», *allein*, formulando de la siguiente manera la versión alemana: «Wir halten, dass der Mensch gerecht werde ohn des Gesetz Werk, allein durch den Glauben»³⁴. Esa cuestión será la piedra de toque para la Reforma: «salvarse por la fe» o «sólo por la fe» será la cuestión, una cuestión traductológica, lingüística que se convierte en discordia dogmática, teológica. Lo que por otra parte no era de extrañar, ya que el Verbo, la palabra, era el origen y el fin de todas las cosas.

Otro pasaje paulino será también víctima de ese subjetivismo luterano: «omnis anima potestatibus sublimioribus subdita sit»³⁵. El sentido de las palabras, ambiguo en todo caso, se fija subjetivamente por Lutero de la siguiente manera: «toda persona esté sujeta a las autoridades que tienen poder sobre ella»³⁶. Con esta traducción, además de fundar la concepción jerárquica y absolutista de la sociedad, ha puesto, desde el punto de vista filológico y en opinión del teólogo luterano Dibelius, «etwas von seiner Seele» en el texto original, traduciendo hermenéuticamente un pasaje de significado general que él introduce en las circunstancias históricas del siglo XVI, cuando la concepción absolutista del estado se estaba convirtiendo, en parte con su ayuda, en dogma social. Teólogos luteranos, como el arriba citado, han cifrado en esta formulación la tendencia nacional del alemán a la jerarquización y a la aceptación del sistema.

En *Summarien Über die Psalmen und Ursachen des Dolmetschens*, de 1531-33, Lutero saca de nuevo a colación sus procedimientos de traducción. También en éstos, como en el *Sendbrief*, arremete con términos poco cristianos contra los literalistas (*Buchstabilisten*, a los que no tiene empacho en calificar de asnos, animal del molinero, etc.) para justificar su liberalismo traductor: «Aber weil vielleicht etliche zu unser zeit und noch mehr, so nach uns kommen werden, gute frumme hertzen, die auch der sprachen kündig und doch des dolmetschens ungeübt, sich möchten stossen und ergern, das wir so frey an vielen orten von den buchstaben gangen sind, zu weilen auch anderm verstand gefolget denn der Juden Rabini und Grammatici leren, Wollen wir hiemit ursachen anzeigen»³⁷. A pesar de ser sólo una declara-

³⁴ «Consideramos que el hombre se salva sólo por la fe, sin las obras.»

³⁵ «Toda persona esté sujeta a los poderes superiores.»

³⁶ *Jederman sei Untertan der Obrigkeit, die Gewalt über ihn hat*, frente a la versión literal de la época *ein jeglich sei undertänig den böheren Gewalten*. De este subjetivismo da muestra otro pasaje de la carta: «Es mi Testamento y quiero que lo siga siendo»; o este otro: «Yo pretendo traducir como quiero.»

³⁷ «Pero porque quizás ya en nuestro tiempo y sobre todo después habrá gente que, de buena voluntad, dominando el idioma, pero inexpertos en la traducción, puedan escandalizarse de que en muchos pasajes hayamos procedido con gran libertad respecto a la letra y que hayamos interpretado de manera distinta a como lo hacen los rabinos y gramáticos judíos, queremos mostrar los motivos.»

ción de intenciones y de tener un carácter exordial, el pasaje tiene un gran interés, pues distingue dos factores que todavía hoy se confunden: el dominio de la lengua y la capacidad traductora. Especie corriente en los gremios de nuestra universidad es la de que cualquier filólogo puede, sin capacitación específica, poner manos a la obra³⁸.

3.2.2.2. En España

En nuestro país, un hermano de hábito del heresiarca alemán, Fray Luis de León, en otro prólogo o dedicación, el de su traducción del *Cantar de los Cantares* (1561), defendería la opción literal, a pesar de lo cual dio con sus huesos en la cárcel de la Inquisición, ya que su interpretación parecía contradecir la de San Jerónimo: «lo que yo hago en esto son dos cosas: la una es volver en nuestra lengua palabra por palabra el texto de este libro; en la segunda declaro con brevedad, no cada palabra por sí, sino los pasos donde se ofrece alguna oscuridad en la letra, a fin de que quede claro su sentido entero, y después de él su declaración». También proponía una especie de *traducción asistida* al exigir el cotejo conjunto de todas las traducciones griegas y latinas. Por esta su opción literalista ha sido una *rara avis* en nuestro gallinero traductográfico, pues, desde Alonso de Cartagena y ya antes, en nuestro país se había optado por la opción libertaria. Hacía años, por ejemplo, que Luis Vives se había expresado de una manera categórica acerca de las diferencias de los idiomas y de la correcta manera de traducir: la sensual, la que se atiene al sentido.

El humanista levantino reiniciaba, antes que Dolet o Huet, la historia de los «manuales» que Bruni había comenzado. En su *De ratione dicendi* (1932), Vives dedicaba un capítulo a las «Versiones o interpretaciones». Ahí, además de distinguir las tres especies posibles de traducción —la literal, la libre y la mixta, es decir, la que mantiene el equilibrio entre «sustancia y palabra»—, aboga por la segunda anunciando alguna de las técnicas que la nueva traductología ha fijado terminológicamente. Tales las que en el sistema de *figuras de la traducción* de Nida, por ejemplo, se señalan como «ampliación», «reducción» y «equivalencia 0». En la traducción puede darse el caso de que una palabra no tenga que traducirse, tenga que traducirse por una o varias o teniendo que traducirse no tenga correspondiente: «las figuras y los esquemas de una lengua no deben expresarse en la otra y, mucho menos, lo que es privativo del idioma. Yo no acierto a ver a qué viene el admitir un barbarismo o un solecismo, por el pueril afán de reprodu-

³⁸ Sobre este pensamiento insiste igualmente Pannwitz en un artículo que recogemos en esta antología, «Übersetzer und Philologe».

cir el sentido del original con otras tantas palabras, como lo hicieron algunos en la interpretación de Aristóteles y de los Libros Sagrados... Será lícito expresar dos palabras con una sola o con dos una sola o en cualquier otro número, una vez que se tenga dominio del idioma y aun añadir alguna o quitarla».

Juan de Jáuregui, traductor del *Aminta*, en el prólogo de su trabajo, daba fe de sus esfuerzos para que su versión no hubiera sacado *de sus quicios el lenguaje castellano*. Esta misma imagen sería usada por Francisco López Cuesta en el prólogo al lector que antecedió a su traducción de las cartas de San Jerónimo: siendo la lengua castellana de suyo grave y significativa, «por usar algunos de vocablos peregrinos, la sacan de sus quicios, y hazen que no todos entiendan lo que dicen: lo qual es vicio insufrible, y en la translación sería muy dañoso»³⁹.

San Jerónimo, frecuente motivo iconográfico de nuestras catedrales y monasterios, es también frecuente punto de referencia de nuestros traductores. Además del mencionado López Cuesta, a él acuden un Fray Pedro Manero —que admite, en su traducción de Tertuliano, no sólo la licitud, sino incluso la necesidad de cierta infidelidad que «añada o reforme palabras»—, Francisco de la Torre o Mateo Ibáñez de Segovia para sancionar sus procedimientos traductores. Casi todos ellos confiesan hacer uso de la *paráfrasis* o traducción explicativa, que, sin embargo, no llega a los extremos de infidelidad de la traducción adaptada de los franceses.

La traductografía española tiene fundamentalmente fuentes clásicas y son sobre todo las obras filosóficas —la *Ética* de Aristóteles de Simón Abril, por ejemplo— y los ensayos históricos de la Antigüedad los que pueblan —junto con la patrística: Tertuliano, de Fray Pedro Manero, las *Cartas* de San Jerónimo de López Cuesta— nuestro panorama editorial, Quinto Curcio (*Vida de Alejandro*, por Ibáñez de Segovia), etc. Paulatinamente van entrando también numerosas obras de los modernos italianos (el mencionado *Aminta* de Tasso, por Jáuregui; *Il Cortigiano*, por Boscán, etc.) y obras de carácter religioso como la *Imitación de Cristo*.

3.2.2.3. Los franceses

Ocho años después de que Vives aparezca con el mencionado manual del traductor, un impresor amigo de Rabelais, Etienne Dolet, saca al mercado del libro una de las más célebres poéticas de la traducción: *La manière de bien traduire d'une langue en aultre*. Breve y decidida-

³⁹ Citado según Santoyo, véase Bibliografía.

mente se decanta contra la traducción literal, estableciendo unas reglas que todavía tienen vigencia:

- el traductor debe entender el sentido del texto y la materia del mismo,
- debe conocer las dos lenguas que se comparan,
- debe atender sobre todo a la intención del autor, y,
- finalmente, evitar el cultismo y atenerse a la norma lingüística de la lengua de destino.

Su traducción del *Axiachos* le valió, como hemos dicho, la honra.

A esas alturas del siglo XVI, la traducción cuenta ya lo suficiente en el panorama cultural francés como para que se presente como problema, y no sólo lingüístico o literario. Son los años en que Amyot, en su traducción de las *Vidas Paralelas* de Plutarco, exige una fidelidad a ultranza a la letra. Ya hemos mencionado que alrededor de Dolet orbita toda una serie de preceptistas que desarrollan frente a la traducción una especie de complejo de erizo: la lengua vernácula que está en proceso de fijación se ve amenazada por el prestigio de la latina y por las traducciones que son incursiones de ésta en aquélla. A tal complejo responden las preceptivas de Sebillet, Peletier o Du Bellay⁴⁰. Sus consideraciones traductológicas se inscriben en el marco de una reflexión más amplia acerca de la licitud y corrección del uso de la lengua vulgar. Por eso la traducción se ve sometida a una vigilancia especial por parte de estos padres de la lengua. Sebillet incluso llegaría a achacar el prestigio desmesurado que entonces gozaba la traducción a cierta pereza mental y pobreza de espíritu, un espíritu agobiado por el prestigio de lo clásico: «et croy que ceste penurie d'oeuvres grans et Heroïques part de faute de matière: ou de ce que chacun des Poëtes famés et savans aime mieus en traduisant suivre la trace epouvée de tant déages et de bons esprits qu'en entreprenant oeuvre de son invention, ouvrir chemin aus voleurs de l'honneur deu a tout labeur vertueux»⁴¹. El criterio de todos ellos es el respeto a la lengua meta. Tanto Sebillet como Du Bellay son explícitos al respecto: «ne jure tant superstitieusement aus mos de ton auteur, que iceus delaissés pour retenir la sentence...», dirá el primero, y el segundo remachará

⁴⁰ Véase M. A. Vega, «Dolet, du Bellay, Peletier y Sebillet o la traductología francesa del Renacimiento», en *Actas del Congreso de Traducción*, Cádiz (en prensa).

⁴¹ «Y créeme que esta penuria de obras grandes y heroicas se debe a la falta de materia, o a que los poetas famosos y sabios prefieren traducir, siguiendo así las huellas que las edades y los ingenios han aprobado, que emprender una obra de su invención y abrir con ello el camino a los ladrones del honor debido a todo oficio virtuoso.»

con contundencia: «... les Traductions de mot a mot n'ont pas grace: non qu'eles soet contre la loe de traduction: mes seulement pour reason que deus al langues ne sont james uniformes en frases»⁴².

Mayor envergadura traductológica que las de éstos tendría, un siglo después, la obra de Huet, *De interpretatione libri duo*, cuya segunda parte era el primer ensayo de historia de la traducción, *De claris interpretibus*, y la primera, *De optimo genere interpretandi* (1680), se constituía en la hasta entonces más extensa poética dedicada a la traducción. Escrita en forma de diálogo platónico en el que intervienen tres traductores, insiste en la utilidad de la traducción como instrumento de formación del estilo o del aprendizaje de las lenguas: «quod cum duabus fere de caussis fieri contingat: vel linguae condiscendae ac stili procu- dendi gratia...». Por lo demás, sigue un aristotélico y sabio término medio entre los dos polos del procedimiento: «Optimum ergo illum esse dico interpretandi modum quum Auctoris sententiae primum, deinde ipsis etiam, si ita fert utriusque lingua facultas, verbis arctissime adhaeret Interpres, et nativum postremo Auctoris characterem, quod ejus fieri potest, adumbrat»⁴³.

La atención al destinatario, exigida en parte por cuestiones de política lingüística, en parte por razones estéticas, ha abierto la puerta a una época de traducción libertaria que produjo, sobre todo en Francia, el episodio, frecuentemente mencionado, de las *bellas infieles*⁴⁴, un tipo de traducción que llevaba este criterio libertario hasta el extremo de adoptar el texto original a los gustos literarios de la época, modificando no sólo el sentido, sino también el significado del texto original, sus «reales», que se modernizaban sin mayores problemas. Se trataba, utilizando la posterior terminología de Schleiermacher, de llevar al autor: al país, las costumbres y la lengua del receptor. Ejemplo de este proceder son las traducciones de Pierre d'Ablancourt (Luciano) que darían el paradigma para otras traducciones del mismo cuño a lo largo de los siglos XVII y XVIII franceses. Del juicio que sobre las traducciones de este último emitiría Ménage derivaría la expresión *belles infidèles*: «Elles me rappellent une femme que j'ai beaucoup aimée à Tours, et qui était belle más infidèle»⁴⁵. Una excepción a esta traducción «libertaria» es la de Mme. Dacier, traductora de Homero⁴⁶, quien

⁴² «No te atengas de manera supersticiosa a las palabras de tu autor... Las traducciones palabra por palabra no sirven, no porque contravengan las leyes de la traducción, sino por la sencilla razón de que dos lenguas no son nunca uniformes en sus frases.»

⁴³ «La mejor manera de traducir es aquélla en la que el traductor se atiene en primer lugar al sentido del autor, después, si la naturaleza de ambas lenguas lo permite, a las palabras, y finalmente reproduce el estilo propio del autor.»

⁴⁴ Véase al respecto el libro de Zuber mencionado en la Bibliografía.

⁴⁵ En Cary, *Les grandes traducteurs françaises*, pág. 29.

⁴⁶ Véase al respecto, como para Amyot, el trabajo de Cary anteriormente citado.

defendió la posibilidad de hacer inteligible a los clásicos con procedimientos literales. Partidaria de traducir en prosa el verso, sus esfuerzos, sin embargo, no consiguieron desplazar esa libertaria *manière de bien traduire* establecida por Dolet, que tuvo una enorme trascendencia cultural, de todos conocida, en ese *afrancesamiento* de los clásicos que atraviesa las obras de Racine o Lorraine y que llega hasta las de David o Ingres. Exactamente lo contrario de lo que a mediados del siglo XVIII pretendería Winckelmann —y posteriormente Herder y Hölderlin—, al defender la «grecización» de la vida cultural y social alemana en su *Die Nachahmung der griechischen Werke...*, una «grecización» que este conservador de los Museos Vaticanos llevaba hasta el extremo de abogar por la indumentaria griega o la calipedia clásica como método educativo corrector del «mal del siglo» que ya se advertía. Los franceses, sin embargo, se atrevían a enmendar la plana a clásicos y modernos y como traductores «mejoraban» el original. Tal, por ejemplo, el divertido Abbé Prévost, que reducía los siete volúmenes de la edición de *Pamela* de Richardson a cuatro y confesaba que con ello lo había mejorado sustancialmente. P. d'Ablancourt reconocía que lo que él había hecho con Luciano en 1709 no era una traducción, sino algo mejor. La legitimización de ese procedimiento tendente a conseguir el «efecto» la encontraba en el proceder de los traductores y poetas latinos con los autores griegos (Cicerón con Esquines y Demóstenes, Terencio con Menandro, Virgilio con Homero y Teócrito). Delille, traductor de las *Geórgicas* (1796), ponía una imagen vigorosa de lo que debía ser la traducción libertaria e infiel por la que abogaba: una deuda que había que pagar en su totalidad, si bien con diferente moneda.

Ya en pleno siglo XVIII, d'Alambert, en *Observations sur l'art de traduire en général...*, introducción a su traducción de Tácito, se expresaba según la tónica francesa: «Quoi qu'il soit, la différence de caractère des langues ne permet presque jamais les traductions littérales, délivre le traducteur de l'espece d'écueil dont nous venons de parler, de la nécessité où il se trouverait quelquefois de sacrifier l'agrément à la précision, ou la précision à l'agrément»⁴⁷. Marmontel, que firmaba el correspondiente artículo de la *Enciclopedia*, hacía una variación sobre el mismo tema, al distinguir entre versión (= la transferencia literal de un texto de una lengua a otra) y traducción (= transferencia adaptada). En parecidos términos se había expresado Étienne de Silhouette en sus *Réflexions préliminaires sur le goût des traductions* (1738).

⁴⁷ «La diferencia de carácter de las lenguas no permite casi nunca la traducción literal, y de esta manera el traductor queda dispensado del dilema arriba mencionado, de la necesidad de tener que sacrificar el agrado a la precisión o la precisión al agrado.»

3.2.2.4. Los ingleses

En Inglaterra, la época elisabethana⁴⁸ inicia una furia traductora que atravesará todo el siglo XVII y que no tendrá parangón: North con su traducción de Plutarco —realizada sobre la de Amyot—, A. Fleming (*Bucólicas y Geórgicas* de Virgilio), Th. Wilson (Demóstenes)⁴⁹, Grimald (*De officiis* de Cicerón), Philemon Holland, Ben Jonson (*Arte Poética*), pero sobre todo Chapman, primero, y, después, Dryden (*Eneida*, Persio, Ovidio, Juvenal, Plutarco) fueron los patrones de una trayectoria traductográfica y traductológica, seguida por Cowley Steiner al afirmar que la concepción traductológica de las versiones del siglo XVII se alimenta de fuentes clásicas. Lo mismo habría que decir del acervo traductográfico, que inicialmente se nutre de los autores de la Antigüedad. Es un ambiente, el creado por estas traducciones en el que beberán las óperas mitológicas de Purcell y, posteriormente, las de Haendel. Este interés traductor está enfocado sobre todo a Horacio, Virgilio y Homero, si bien, como destaca Amos, se desplaza por épocas de uno a otro. Figuras más en segundo plano de este interés son Plutarco, Plinio, Ovidio o Séneca. Posiblemente estas traducciones han sido la causa de esa devoción que ha hecho de Oxford o Cambridge santuarios del culto a la Antigüedad. Toda la nobleza inglesa, retirada en sus *manor* o asentada en la corte londinense, se dedicaba a traducir o encargaba traducciones que después le eran dedicadas. Wilson, por ejemplo, consagraba a Sir W. Cecil su traducción de Demóstenes, Cooke la suya de Hesíodo al duque de Argyll, Dryden la de Juvenal a Lord Buckhurst y un experto traductor como él llegaría a consultar la versión de Virgilio hecha por el conde de Lauderdale, lo que alude a la experiencia que este aristócrata podía tener en el conocimiento de los clásicos y su pericia traductora. Incluso un aristócrata inglés, Dillon Wentworth, Earl of Roscommon, escribiría un tratado sobre la traducción en verso, y, más tarde, el primer tratado «exento» de la traductología inglesa se debería a la pluma del noble escocés Tytler, Lord Woodhouselee. La afición traductora de la nobleza tiene fácil explicación: sólo ellos, los «diez mil de arriba», tenían la cultura y el ocio suficientes como para poder dedicarse a tan noble menester.

⁴⁸ Véase al respecto F. Luttikuizen, «The Elizabethan Translators», en *Fidus Interpres*, I, págs. 179 y ss., y F. O. Matthiessen, *Translation, an Elizabethan Art*, Cambridge, 1931.

⁴⁹ Este traductor confesaba que la traducción le había supuesto la tarea más difícil de su vida: *I never found in my life anything so hard for me to do.*

Como afirma Amos⁵⁰, de 1600 a 1700 tiene lugar el Siglo de Oro de la traducción inglesa: «in many respects the period of Dryden and Pope has more claim to be regarded as the Golden Age of the English translator». Y toda esta traductografía conlleva una traductología que se expresa en el correspondiente *preface, epistle or dedication* «to the reader». Así, por ejemplo, el traductor de Terencio, Echard, en el pertinente prefacio, había fundado el rechazo de la literalidad en el distinto «genio» de las lenguas, término y motivo éste muy corriente entre los ingleses y alemanes, quienes en el latín han tenido un término de comparación mucho más alejado que lo que esta lengua le resultaba al francés o italiano: «tis not to be expected we shou'd wholly reach the Air of the Original; That beeing so peculiar, and the Language so different... A meer Verbal Translation is not to be expected, that wou'd sound so horribly, and be more obscure than tha Original».

Chapman, en la inevitable «Epistle to the Reader» antepuesta a su traducción de la *Iliada*, hablaba de sus intentos por conseguir «the spirit and the tone» del original. El literalismo le provoca las mismas iras que a Lutero, considerando pedante y absurda afectación «in the interpretation of any author... to turn him word for word, when (according to Horace and other best lawgivers to translators) it is the part of every knowing and judicial interpreter, not to follow the number and order of words, but the material things them-selves, and sentences to weigh diligently, and to clothe and adorn them with words, and such a style form or oration, as are most apt for the language in wich they are converted»⁵¹.

Cowley, en su prefacio a los poemas de Píndaro, tampoco oculta sus pretensiones liberales: «If a man should undertake to translate Pindar word for word it would be toght that one Mad-man had translated another»⁵². El poeta y dramaturgo Dryden, traductor de Virgilio, Juvenal, Boccaccio, etc., muestra un talante más conciliador. En uno de sus varios prefacios a sus traducciones, la de las cartas de Ovidio, distingue tres tipos de traducción: la *metafrasis* o traducción palabra por palabra, la *parafrasis* o traducción *sense-for-sense*, y la *imitation* o abandono del texto por parte del traductor, «where the translator... assumes the liberty, not only to vary from the words and sense, but to forsake them boyh as he sees occasion». En su traducción de la *Eneida*

⁵⁰ *Op. cit.*, pág. 135.

⁵¹ «El realizar la interpretación de un autor palabra por palabra, si (de acuerdo con Homero y otros legisladores de la traducción) es norma del traductor juicioso y sabio no el seguir el número y el orden de las palabras, sino las cosas materiales de las mismas y sopesar las frases con diligencia y vestir las y adornarlas con palabras y con el estilo y la forma de oración que más adecuados sean en el lenguaje al que se traducen.»

⁵² «Si un hombre intentara traducir palabra por palabra a Píndaro, se podría pensar que un loco ha traducido a otro loco.»

afirmaba haber conseguido el término medio entre la literalidad servil y la paráfrasis⁵³. Lo que todos los traductores creen⁵⁴.

Pero el interés de los traductores ingleses no sólo vale para los tesoros de las lenguas clásicas. También de las vulgares se comienza paulatinamente a importar material literario. Inglaterra, por ejemplo, será el primer país donde aparezca una versión del *Quijote*. Udall (*Parafrasis* de Erasmo), Harington (*Orlando furioso*, 1591) Berners (el *Rejo de Príncipes* de Guevara), North (la misma obra de Guevara), Mabbe (Cervantes, *Novelas Ejemplares*), Rowland (*Lazarillo*) Wilson (*Diana* de Montemayor), Fielding (Molière), John Florio (*Decameron*), Norton (*Institución de la religión cristiana* de Calvino), Smollet (*Gil Blas*, todo Voltaire en 36 volúmenes, *D. Quijote*), Dryden (de Mme. Scuderi *El gran Ciro*) son los importadores de títulos referidos a una actualidad literaria extranjera que van penetrando en la vida cultural de Inglaterra. Finalmente, S. Johnson repasaría en su *Lives of the Poets*, los rendimientos translatorios de los autores ingleses. Con cierto distanciamiento juzgaba a Dryden, mientras Pope le inspiraba el mayor entusiasmo. Sus traducciones serían «a performance which no age or nation can pretend to equal».

3.2.2.5. Rusia descubre la traducción

En la Rusia que se incorporaba tímidamente a la cultura occidental, la de Pedro el Grande, será el mismo Zar quien se ocupe de fomentar e, incluso, vigilar la calidad de ciertas traducciones en las que él, por motivos políticos o militares, tenía especial interés. A Zotov, traductor de un tratado de ingeniería militar le atizaba un varapalo soberano en el más estricto sentido de la palabra: «Hemos leído el libro sobre la fortificación que usted tradujo, en el cual las conversaciones están muy bien traducidas y nos parecen muy coherentes, pero allí donde se enseña cómo hacer la fortificación, la traducción es muy ininteligible y oscura... Así pues, para que sea más comprensible la traducción del libro en el que está trabajando ahora, tiene usted que

⁵³ «Donde el traductor se toma la libertad no sólo de modificar las palabras y el sentido, sino también de abandonar ambas cuando ve ocasión.» Véase Frast, *Dryden and the Art of Translation*, Yale, 1955.

⁵⁴ Nicholas Udall, traductor de la *Parafrasis* de Erasmo, es un buen exponente de un sano criterio sintético y abierto que rehúye cualquier regla fija y que deja al buen criterio del traductor la trayectoria a seguir, con tal de no perturbar el sentido: *Though every translator follow his own vein in turning the Latin into English, yet doth none willingly swerve or dissent from the mind and sense of his author, albeit some go more near to the words of the author, and some use the liberty of translating at large, not so precisely binding themselves to the strait interpretation of every word and syllabe.*

evitar (allí donde se enseña cómo hacer algo) el mantener verbos que se pueden sustituir por otros, de tal manera que una vez que haya comprendido el sentido, escriba en su propia lengua de una manera más clara.» Es de suponer la humildad e incluso el terror con que el atribulado traductor recibiría este *ukase* que venía a contradecir el célebre dicho de que *Caesar non est supra grammaticos*.

Catalina la Grande se encargaría de funcionarizar a los traductores y en su época cae la actividad traductora de Trediakovski, que pasa por ser el padre, junto con Lomonosov, de la traductografía rusa.

3.2.3. La traductología racionalista y la romántica

Mientras esto sucedía, Alemania había tenido que enfrascarse en otras cuestiones más sangrantes y sangrientas que las disputas traductológicas, sin que por ello se haya quedado manca en el arte de traducir. Los clásicos españoles e italianos (Quevedo, Guarini, Gracián, Rojas, Montemayor) que se apropia a través de la traducción servirán de fermento para esa primera edad clásica de la literatura alemana constituida por los escritores barrocos (Harsdörfer, Opitz, Moscherosch, Hofmannswaldau) de la primera mitad del siglo xvii. Por esas fechas empieza a cuajar un pensamiento traductológico que continúa el *Sendbrief* luterano. En 1663, es decir, poco después de la Guerra de los Treinta Años, época poco propicia para las traducciones y para la reflexión, un erudito alemán de nombre Schottel saca a la luz pública un manual de traducción alemana, con referencia a las lenguas clásicas: «Wie man recht verdeutschen soll» es un capítulo de su *Ausführliche Arbeit von der Teutschen Haupt Sprache*⁵⁵. Este traductólogo de cuño luterano que da a la imprenta su manual de traductología aplicada casi veinte años antes que Huet, sólo admite la traducción en la medida en que ésta no lesione los derechos de la lengua de destino. Modelo de esta traducción respetuosa es, según Schottel, la manera de proceder que tuvieron los latinos con los textos griegos: una vez captado el sentido (*Sinn und Meynung*), se desentendían de la expresión original y regían la versión por los principios del propio idioma: «Und weil solche gelahrte Römer ihrer Sprache gründlich kundlich gewesen, und wan sie der Griechischen Sinn und Meynung gewusst, sich an Griechische Ausrede und Redearten wenig gekehrt sonderen den Schmuck der Lateinische Sprache aus ihrer Sprache Eigenschaft wolkönnend hervorgesucht und also die Lateinische Sprache so wolt mit Ruhm

⁵⁵ Ed. por W. Hecht, Tübingen, 1967.

und Kunst als mit Nutz gezieret»⁵⁶. La versión respetuosa con la lengua de destino obliga a ejercicios de ingenio por parte del traductor, quien, apartándose del carácter del original, debe conferir a su expresión la peculiar *Teutsche Art*: «... und also die Wortreiche Sprache auch recht kunstreich werde und nicht bald nach Spanischen unteutschen Stolze bald nach abgeschmaktem Italienischen Pracht bald nach Französischer aussprache und weder lakk noch schmak habender umschreibung bald anderswo nach rieche sonderen seine eigene kürze wollautenden Verstand und Deutungs Reiche Teutsche Arte habe»⁵⁷. Como se puede comprobar, Schottel continúa en la onda del nacionalismo lingüístico iniciado por Lutero y que también había sacudido a Francia.

Sin embargo, el racionalismo alemán que impera en la época postconfesional, va paulatinamente dando la vuelta a la tortilla y vuelve al literalismo. La confianza en el poder de la razón excluía la problematicidad de la traducción. La razón universal podía expresar cualquier concepto en cualquier idioma y la traducción debía consistir en un acto mecánico de sustitución de palabras. Leibnitz, abogado de un idioma universal, no veía ningún impedimento en la equivalencia literal. La posible disparidad de sentido entre un texto y otro se atribuía al distinto grado de evolución de las lenguas. Y la lengua más perfecta (= lógica) sería aquella que más se prestase a la traducción literal. El director berlinés Damm, colaborador de las *Beyträge* de Gottsched, llegaba a afirmar categóricamente «dass alle in einer menschlichen Sprache und von Menschen geschriebenen Bücher auch in eine andere menschliche noch lebende Sprache übersetzt werden können»⁵⁸. En el mismo sentido se expresan Venzky, Breitinger, Bürger y Gerstenberg, quienes con sus traducciones y sus reflexiones traductológicas constituyen ese Siglo de Oro de la traducción alemana, que va de mediados del siglo xvii y llega hasta A. W. Schlegel o Eichendorf, pasando por Voss, Jacobi o Bertuch. Gottsched, él mismo traductor de Horacio y Jenofonte, en su *Ausführliche Redekunst*, además de defender la exclusión de la traducción inversa en la activi-

⁵⁶ «Y porque semejantes eruditos romanos han conocido profundamente su idioma, una vez que han poseído el sentido y el pensamiento del texto griego, han dado la espalda a la expresión del mismo, buscando y prefiriendo la belleza del latín que derivaba de su propia naturaleza y adornando así este idioma tanto con fama y belleza como con celebridad.»

⁵⁷ «Convirtiendo así una lengua terminológicamente rica también en ingeniosa, sin que por ello tenga que sonar tan pronto a orgulloso castellano, nada de acuerdo con el idioma alemán, como a insulso boato italiano, o a pronunciación y descripción francesas, ambas carentes de brillo y gusto, y más bien tenga el conciso y sonoro modo de expresión alemán.»

⁵⁸ «Que todos los libros escritos en un idioma humano y por hombres pueden ser traducidos a cualquier idioma humano vivo.»

dad translatória, insiste en el carácter formativo de la traducción y equipara ésta a la copia que el aprendiz de pintor tiene que hacer de la obra maestra. Frente a esa traducción formativa en la que debe imperar la fidelidad, propone otra cultural que, teniendo como meta la reproducción de los pensamientos, debe conservar también las figuras y expresiones metafóricas, así como la división de los periodos del original. Venzky, erudito de Halberstadt, colaborador de Gottsched y traductor de Shaftesbury, establecía en *Das Bild eines geschickten Übersetzers* una cuádruple tipología de traducción: «Die erstere Art möchte man die natürlichste, die andere die freyen, die dritte die vermehrte, die vierte die verstümmelte, und die letzte mit Anmerkungen erläuterte oder die vollständigste Übersetzung nennen. Einer jeden Gattung gebührte ihr Lob, und ist nach ihrer Art nützlich und angenehm»⁵⁹. Como se puede advertir, tolerancia ilustrada a ultranza.

Por su parte, el suizo Breitinger insistía en el teorema racionalista del lenguaje universal que se basaba en la identidad del referente y de la estructura mental: Los idiomas son un medio a través del cual los hombres pueden manifestar sus pensamientos: «Die Sprachen sind ein Mittel, dadurch die Menschen einander ihre Gedancken offenbaren können: Da nun die Gegenstände, womit die Menschen sich in ihren Gedancken beschäftigen, Überhaupt in der ganzen Welt einerley und einander gleich sind; da die Wahrheit, welche sie mit dieser Beschäftigung suchen, nur von einer Art ist; und da die Gemüthes-Kräfte der Menschen auf eine gleiche Art eingeschränket sind; so muss nothwendig unter den Gedancken der Menschen eine ziemliche Gleichgültigkeit statt und platz haben; daher denn solche auch in dem Ausdrucke nothwendig wird»⁶⁰. De ahí la ley que voluntariamente debe imponerse al traductor: «dass er niemals die Freiheit nehmen wolle, von der Grundschrift, weder in Ansehung der Gedanken, noch in der Form und Art derselben abzuweichen»⁶¹. Gerstenberg, un danés de expresión alemana, advertía en términos parecidos acerca de la necesaria fidelidad estilística: un traductor debería traducir tan fielmen-

⁵⁹ «La primera especie la llamaría la más natural, la segunda la libre, la tercera la ampliada, la cuarta la abreviada y la última la provista de notas. Cada una de estas especies merece su alabanza y es en su género provechosa y agradable.»

⁶⁰ «Dado que los objetos con los que los hombres tienen que enfrentarse en sus pensamientos son, a lo largo y a lo ancho del mundo, una y la misma cosa; dado que la verdad que con esta ocupación buscan es de una única especie y dado que las fuerzas del espíritu están por doquier igualmente limitadas, tiene que existir una considerable equivalencia entre los pensamientos de los hombres, equivalencia que, consiguientemente, también debe darse en la expresión. Sobre esta base descansa todo el arte de traducir de una lengua a otra.»

⁶¹ «... de que nunca se tomará la libertad de apartarse del original, ni en lo que respecta a los pensamientos, ni en lo que respecta a la forma y a la manera.»

te como fuera posible el impulso peculiar y el sello particular de los pensamientos del autor, por muy lejanas que ambas cosas estuvieran de las maneras actuales... de tal manera que el lector pudiera percatarse de que el autor en cuestión era tal o cual época, que tenía tal o cual ideología, tal gusto...⁶². En 1789, Bürger, el autor de la célebre balada *Lenore*, abogaba, al poner manos a una nueva traducción de Homero, también por una traducción históricamente fiel: Una propiedad importante e imprescindible del ideal de traducción que se proponía era el sabor a Antigüedad. Algo que bastantes años después reivindicaría también un Leconte de Lisle.

A mediados del siglo XVIII, la literatura francesa va cediendo terreno en el panorama traductor alemán y poco a poco los textos de ingleses y españoles van sustituyéndola como fermento cultural. Sólo los ilustrados (Diderot, d'Alembert, Voltaire) se salvan de ese impulso antifrancés que recorre la intelectualidad alemana. La traducción (1732) del *Paraíso Perdido* de Milton realizada por Bodmer es el pregón de ese culto al genio que será el catalizador del «antigusto» francés. Defoe, Pope, Thomson, Macpherson, Butler, Richardson, Swift y, sobre todo, Shakespeare son los heraldos de los nuevos tiempos literarios que desembocarán en el *Sturm und Drang* y en la *Klassik*. Todos ellos constituyen el canon de un gusto literario que, se decía, iba más de acuerdo con lo alemán que la estirada preceptiva francesa con que Gottsched había empalagado al público nacional. En su *Laocoonte*, Lessing será categórico al respecto: los franceses han interpretado mal la Antigüedad, que no es tan clásica como los franceses piensan. Consiguientemente, vuelta a Shakespeare, cuyas versiones aparecen por docenas. Wieland, Schiller, Voss, Schlegel, Tieck: todos parecen querer medir sus fuerzas en la alemanización del inglés, a quien en 1773 Goethe invoca como patrón de la *época genial* que él trata de inaugurar.

A todos estos ingleses se unirán poco más tarde como santones del panteón prerromántico algunos españoles: Góngora traducido por Jacobi, el *Quijote*, traducido por Bertuch y Tieck, y Calderón, traducido por Schlegel y, más tarde, Eichendorf, serán lugares comunes de la estética prerromántica y romántica. En el mismo sentido populista y antifrancés, Herder hará una traducción-adaptación de los romances del Cid⁶³. Se trata de luchar contra la *galicismo* que Gottsched había sancionado. El hecho de que para éste la dramática española del Siglo de Oro, que malconocía, hubiera valido como el colmo

⁶² De *Briefe über die Merkwürdigkeit der Litteratur*, en *Werke*, Olmus, 1911.

⁶³ Véase M. A. Vega, «Herder y las fuentes eruditas de su visión de España», en Actas del Simposio *La imagen de España en la Ilustración alemana*, Madrid, Sociedad Goerres, 1991.

de la sinrazón, se convertía ahora en un aval de poesía popular y auténtica.

Todo esto sin abandonar el culto directo (= sin la mediación de los franceses) a los clásicos, que va a producir la que posiblemente sea la más decisiva traducción de la época: la que de la *Iltada* (1781) y la *Odisea* (1793) de Homero hace en hexámetros J. H. Voss, que dará el impulso definitivo para el clasicismo alemán.

El resultado de esta furia traductora que utiliza la versión como manifiesto es que en el siglo XVIII no hay poeta alemán de renombre que no haya ensayado la versión de obras clásicas o modernas: a los mencionados habría que añadir Goethe, Hölderlin (Sófocles), Johann Schlegel, Ewald, etc. Si en general cabe decir que el siglo XVIII es el más fecundo en traducciones y reflexiones traductológicas, esto tiene especial vigencia con referencia al XVIII alemán.

La reflexión acompaña esta producción traductora de los románticos y clásicos alemanes. Humboldt, traductor de Píndaro y de Esquilo, y traductólogo gracias a un prólogo que introducía su edición del *Agamenón* y que algunos han considerado la carta magna de la traducción, saca las consecuencias de ese populismo romántico aplicado a la lingüística. Cada pueblo, al igual que cada época, tiene un espíritu y una cosmovisión propias que marcan, determinan y diferencian la estructura de cada lengua, dificultando así la correspondencia entre ellas y, consiguientemente, la tarea de la traducción. Era la antítesis de la lingüística leibniziana. Humboldt será uno de los más cualificados cuestionadores de la traducibilidad: toda traducción sería un intento por resolver una tarea imposible, ya que todo traductor tiene que fracasar ante uno de los dos escollos: la imitación de lo particular o la captación de lo general⁶⁴. Por otra parte, las diferentes connotaciones que pueden tener los reales de cada una de las palabras de un idioma dificultan el hallazgo de las equivalencias correspondientes en otro. Este *statement* negativo acerca de las posibilidades de la traducción no es óbice para que se tenga que seguir practicando incansablemente, pues, además de dar a conocer las obras del genio a aquel que no está capacitado para leerlas en lengua original, aumenta la capacidad expresiva del propio idioma: «Das Übersetzen und gerade der Dichter ist vielmehr eine der notwendigsten Arbeiten... zur Erweiterung der Bedeusamkeit und der Ausdrucksfähigkeit der eignen Sprache⁶⁵. Un siglo más tarde, Benjamin volvería de una manera definitiva sobre el tema.

⁶⁴ Denn sie (die Übersetzung) sucht alsdann auch feine Eigenthümlichkeiten nachzuzahlen, vermeidet das bloss Allgemeine...» (pág. 130).

⁶⁵ «La traducción de los poetas es uno de los trabajos más importantes de una literatura... para la ampliación de la significación y de la capacidad de expresión del propio

Son años, los que están alrededor de 1800, fecundísimos para la teoría de la traducción. Tytler, un noble escocés, publica en 1790 su *Essay on the Principles of Translation* y en 1813 Schleiermacher aparece con otro texto definitivo para la historia de esta especialidad: *Über die verschiedenen Methoden des Übersetzens*. El mérito de este último trabajo es el de reconocer que la dialéctica traduccional entre literalismo y liberalismo es sobre todo metodológica, que es o lo uno o lo otro, es decir, opción: «Maines Erachtens giebt es nur zwei» (Wege). Entweder der Übersetzer lässt den Schriftsteller möglichs in Ruhe, und bewegt den Leser ihm entgegen, oder er lässt den Leser möglichs in Ruhe und bewegt den Schriftsteller ihm entgegen⁶⁶. En Schleiermacher, la dualidad autor/lector, horizonte alternativo de toda versión, queda resuelta a favor del primero. Por su parte, Tytler formula el canon de una buena traducción partiendo de que el genio y la naturaleza de las lenguas son distintos. Si éstas fueran iguales no se les exigiría nada más que fidelidad y esmero. Dada esa diferencia, o bien se tienen en cuenta el sentido y el espíritu del original haciéndose con las ideas del autor, en cuyo caso se podrá pulir y mejorar, si fuera necesario; o bien transmitir también el estilo y la forma, lo que sólo se conseguirá prestando atención a la letra, a la disposición de las oraciones, al orden y a la construcción, en cuyo caso habría que conservar incluso los errores y defectos. Tytler da una descripción original de la traducción ideal: aquella en la que el mérito de la obra original se ha trasladado hasta tal punto a otras lenguas que se comprende claramente y percibe con fuerza tanto por el nativo del país al que dicha lengua pertenece como por aquellos que hablan la lengua de la obra original.

Otros teóricos, más o menos incidentales, de la época son G. Campbell, quien en su *Translation of four Gospels* teoriza sobre la problemática de la traducción bíblica, Hottinger (*Einiges über die neuesten Übersetzerfabriken der Griechen und Römer in Deutschland*) y Novalis, que en el *Athäneum* schlegeliano hace sus reflexiones traductológicas.

Una novedad que aportan estos años a caballo entre los siglos XVIII y XIX es la ampliación paulatina del horizonte lingüístico del que se traduce: si el barroco había incorporado el holandés a las lenguas de la *Weltliteratur*, desde mediados del siglo XVIII empiezan a aparecer traducciones del danés, del ruso, del chino, del árabe e incluso del sánscrito. Más tarde, a lo largo del siglo XIX, se incorporarían a ese horizonte el húngaro, el turco, las lenguas bálticas, las nórdicas,

idioma.» *Aischylos Agamenon. Einleitung*, pág. 131. Véase al respecto, «W. von Humboldt, Translator and Translation Theorist», en *Meta*, 353, 1994, artículo en el que expongo detalladamente el pensamiento traductológico de Humboldt.

⁶⁶ «A mi juicio sólo hay dos caminos. O bien se deja lo más tranquilo posible al escritor y se hace que el lector vaya a su encuentro, o bien se deja lo más tranquilo posible al lector y se hace que vaya a su encuentro al escritor.»

etc. La traducción de *Bhagavad-Gîtâ* realizada por Parraud y A. Schlegel a sus respectivas lenguas, del *Zend Avesta* por Anquetil-Duperron (1771) o del *Sakuntala* por W. Jones son testimonios de eso que H. van Hoof⁶⁷ llama el *exotismo* traductor de esa época.

Añádase a ésta la potenciación de lo que este mismo historiador de la traducción llama *traducción especializada*. Sobre todo, el espacio que la curiosidad histórica —y no hay que olvidar que esa época viene caracterizada por la *Wendung zur Geschichte*, la vuelta a la historia— ocupa en los intereses científicos de ingleses, alemanes o franceses se llena de estudios como el de Voltaire sobre la época de Luis XIV, el de Gibbon sobre la decadencia del Imperio romano, o el de Guicciardini o Smollet sobre las respectivas historias patrias que poco a poco se van traduciendo.

Mme. de Staël recoge la idea del mercantilismo cultural lanzada por Herder, un mercantilismo invertido, pues se trata de importar obras: las traducciones de los poetas extranjeros preservarían la literatura de un país de la decadencia.

Finalmente hay que reseñar que en esta época aparecen las estilísticas autoriales de la traducción: se enseña a traducir uno u otro autor, estableciéndose una tradición que llega hasta nuestros días, en los que se dedican congresos monográficos a «traducir a» Fulano o Zutano. Así, se publican manuales para traducir a *Don Quijote*, a Dante o a Herodoto⁶⁸. Más frecuentes incluso se hacen las estilísticas contrastivas que se adelantan a la obra fundamental del género realizada por Vinay y Darbelnet. Dussert escribe acerca de las dificultades de traducir el italiano al francés y Ferri de Saint Constant dedicará sus *Rudiments de la traduction* a la comparación del latín y el francés (*ou l'Art de traduire de latin en français*).

3.2.4. El XIX o cierta debilidad traductológica

El siglo XIX continúa ese interés traductológico, si bien la focalización del mismo pasa de los textos clásicos a los modernos. Por parte francesa, los traductores de San Jerónimo, Gregoire y Collombet, proponían en la traducción de las *Cartas de S. Jerónimo*, parcialmente en contra de las enseñanzas de su maestro, la vuelta al literalismo, no sin antes advertir que la traducción libre, la que no se obliga a seguir el movimiento de la frase original, es la más fácil. También Leconte de

⁶⁷ Véase *Histoire de la Traduction en Occident*.

⁶⁸ J. Briedel, *Lettre à Carrion de Nisas sur la manière de traduire Dante*, 1805; F. B. Biedermann, *Don Quichotte et la tâche de ses traducteurs...*, Paris, 1839; A. Villemain, *Hérodote et la manière de le traduire*, 1846.

Lisle se apuntaba a la fidelidad, si bien en un sentido nuevo: había que abandonar la literalidad lingüística e ir a una fidelísima reconstrucción histórica de las obras antiguas.

Otras reflexiones incidentales son las de los dos filósofos alemanes del pesimismo, Schopenhauer y Nietzsche. El primero en su *Parerga y Paralipomena* dedica unas consideraciones «al lenguaje y las palabras» en las que, coincidiendo con Humboldt, habla de la dificultad de encontrar el equivalente perfecto de un término de una lengua en otra: «Nicht für jedes Wort einer Sprache findet sich in jeder anderen das genaue Aequivalent. Also sind nicht sämtliche Begriffe welche durch die Worte der einer Sprache bezeichnet werden, genau die selben welche die der ander ausdrücken»⁶⁹. Como se puede apreciar, es la cantinela eternamente retornante de todo romántico que, frente al racionalista, piensa sobre todo en la individualidad de los lenguajes. La metodología procesual que esta concepción imponía es la del arañazo al propio idioma, que después sancionaría también Ortega. Al traducir hay que enriquecer la lengua propia con los conceptos y formas que no posee: «nithin entstehn Begriffssphären wo noch keine waren»⁷⁰.

Nietzsche hacía de la traducción literal la piedra de toque para calibrar el sentido histórico de los pueblos. Los romanos y los franceses habían carecido absolutamente de él y de ahí la adaptación que ambos pueblos hacían de los TOs a sus medios lingüísticos y culturales.

Pero la segunda mitad del siglo XIX no es muy fecunda traductológicamente. A medida que avanza el siglo XIX, va cediendo el interés por esa crítica traductológica y las manifestaciones al respecto se van haciendo cada vez más esporádicas. Quizás como producto del positivismo del siglo. Son los alemanes G. Weck (*Prinzipien der Übersetzungskunst*), J. Keller (*Grenzen der Übersetzungskunst*) o P. Cauer (*Die Kunst des Übersetzens*) los que se encargan de mantener vivo el rescoldo de la discusión traductológica, que, sin embargo, en la Inglaterra victoriana logrará prender gracias a la disputa que mantuvieron M. Arnold y A. Newman. La traducción hecha por este último había dado el motivo que prendió la mecha de la disputa. En *On Translating Homer*, Arnold, poeta, defendía la adecuación del texto a la lengua de destino para que la idea del poema causara el mismo efecto que en la lengua origen, mientras que Newman, traductor, abogaba, en su *Homeric Translation in Theory and Practice*, por la literalidad, de tal manera que el

⁶⁹ «No siempre se encuentra el equivalente exacto para cada una de las palabras de un idioma. Consiguientemente, no todos los conceptos que se designan con las palabras de un idioma son idénticos a los que se expresan con las palabras del otro.»

⁷⁰ «Con ello surgen esferas conceptuales donde no existían.»

texto no se reconociera como original. A pesar de que proponía como destinatario de cualquier traducción clásica el público no letrado (el que no podía leer el texto original), exigía el mantenimiento del arcaísmo del vocabulario, rechazando la modernización del TO.

El prerrafaelita D. G. Rosetti contribuía también al tema y, por su parte, E. Fitzgerald, traductor de los *Rubaiyat* de Omar Khayyam, en el correspondiente prólogo, utilizaba un motivo ornitológico para distinguir la traducción literal de la libre: aquélla sería un águila disecada, ésta un gorrión vivo.

Nuestro polígrafo santanderino contribuía con algunos apuntes críticos a la teoría. No muy entusiasmado se mostraba de la relajada traducción al sentido con que a finales del siglo XIX se traducía en nuestro país: «pero todas estas versiones, sin excluir las mejores, adolecen del pecado original de ser parafrásticas, atrevidas y libérrimas, o más bien licenciosas, no tanto por impotencia o defecto de los traductores como por error de sistema, que les ha hecho conceder poca importancia a lo que tan grande la tiene».

Esto por lo que se refiere a la teoría de la traducción. A lo largo de esa segunda mitad, la práctica de la misma va *in crescendo* sobre todo en el ámbito de las ciencias y poco a poco la traducción deja de ser un evento que hace época en la historia cultural de un país para hacerse consumo cultural o cultura de consumo: un hecho trivial. La actuación traductora del grupo de Munich que lidera el poeta Heyse es un caso significativo de este interés traductor, que, sin embargo, ya va perdiendo eco social.

3.2.5. La Edad de Oro de la hermenéutica traductológica

Sólo a comienzos del siglo XX empieza a animarse de nuevo el panorama traductológico. Se abandonan las poéticas preceptivas y se instaura un fuerte pensamiento hermenéutico que entronca con las ideas de Herder y Humboldt: se trata de orientar la traducción desde una concepción filosófica del lenguaje, no desde su sistema o desde su valor estético. La traducción, más allá de su funcionalidad primaria o utilitaria de hacer comprender un texto, tiene horizontes más amplios que superan la materialidad del texto concreto. La traducción es *viaje, ida a lo otro, encuentro, proyección al lenguaje universal*, el que está en la mente divina. Benjamín y Ortega lo expresarian de una manera paradigmática, aunque no fueron los únicos en formular estas ideas. Fulda, escritor y traductor alemán, insistía en 1903 en el carácter intuitivo de la traducción. El punto de partida de sus reflexiones, el análisis tipológico de las artes. La traducción, que también lo es (*Kunst der Übersetzung* era una designación epocal que él también utilizaba), dis-

fruta o padece una situación intermedia que le coloca en un grado de complejidad inigualable: «Die Übersetzungskunst nimmt schon dadurch eine Ausnahmestellung ein, dass sie weder den produktiven noch den reproduktiven Künsten beigezählt werden kann, sondern zwischen beiden etwa die Mitte hält. Sie ist keine rein produktive Kunst, denn sie folgt nicht frei der eigenen Eingebung; sie unternimmt, bereits Geschaffenes nachzuschaffen. Aber sie ist auch keine reproduktive Kunst; denn sie muss das nachzuschaffende Werk nicht nur versinnlichen, sondern umformern»⁷¹.

En los años 20, Rosenzweig, otro judío como Fulda y colaborador de M. Buber, resumía su pensamiento literalista partiendo de una distinción —la de la tipología textual— que después se haría, desde las aportaciones de Reiss, lugar común en la teoría lingüística de la traducción: «Grundsätzlich war meine Absicht, wörtlich zu übersetzen und bei etwa fünf Sechstel der vorliegenden Verszeilen mag es mir gelungen sein. Für das sechste Sechstel, wo auch ich, wenn auch nur in vorsichtigstem Umfang, zum «Nachdichten» greifen musste, bitte ich den Leser hier in aller Form um Verzeihung... Die Aufgabe des Übersetzens ist eben ganz missverstanden, wenn sie in der Erscheinung des Fremden gesehen wird. Eine Eindeutschung in diesem Sinne verlange ich, wenn ich als Kaufmann eine Bestellung aus der Türkei erhalte und sie auf das Übersetzungsbüro schicke. Schon bei einem Freundesbrief eines Türken würde mir aber die Büroübersetzung nicht mehr ausreichen. Weshalb? ... Deutsch genug wird sie werden. Aber nicht... türkisch genug. Ich werde den Menschen, seinen Ton, seine Meinung, seinen Herzschlag nicht hören»⁷².

Por esos años, W. Benjamin, el tercer semita de la serie, se ganaba el pan como traductor de las obras de Baudelaire. A su edición antepone unas consideraciones sobre la tarea del traductor que han hecho época, junto con las de Ortega, en la hermenéutica de la traduc-

⁷¹ «El hecho de que la traducción no se pueda contar ni entre las artes reproductivas ni las productivas, sino que mantiene el justo medio entre ambas, concede a la traducción una situación peculiar. No es un arte meramente productivo, pues no sigue libremente la libre inspiración. Tiene como finalidad la recreación de lo ya creado. Pero tampoco es un arte meramente reproductivo, pues no tiene que representar la obra a recrear, sino transformarla.»

⁷² «En el fondo mi intención fue traducir literalmente, y en cinco sextas partes de los versos en cuestión creo haberlo conseguido...; para la sexta parte, en la que tuve que echar mano de la propia inspiración, pido perdón al lector... Mal se interpreta la tarea del traductor si se piensa que consiste en la versión alemana de lo extranjero. Semejante alemanización la exige si, como comerciante, recibo un pedido de Turquía que, acto seguido, envío a la agencia de traducciones. Pero ni siquiera para la carta de un amigo turco me bastaría esa traducción de agencia... En efecto, sería suficientemente alemana, pero no suficientemente turca. No lograría sentir en ella al hombre, su tono, su pensamiento.»

ción. Para el filósofo alemán, en la traducción se pone de manifiesto el parentesco de los lenguajes entre sí y el de éstos con el Lenguaje, con el Logos o Verbo de la mente divina. Por eso, el *tertium comparationis* de toda traducción es ese Lenguaje, que debe actuar como ahormador del lenguaje receptor, el cual, a través del texto terminal, recibe la fecundación de aquél: «Es más linsonjero decir que la significación de la fidelidad, garantizada por la traducción literal, expresa a través de la obra el deseo vehemente de completar el lenguaje. La verdadera traducción es transparente, no cubre el original, no le hace sombra, sino que deja caer en toda su plenitud sobre éste el lenguaje puro, como fortalecido por su mediación. Esto puede lograrlo sobre todo la fidelidad en la transposición de la sintaxis, y ella es precisamente la que señala la palabra y no la frase, como elemento primordial del traductor. Pues la frase es el muro que levanta ante el lenguaje del original, mientras que la fidelidad es el arco que lo sostiene.» Pannwitz, a quien Benjamín menciona en su trabajo, lo había anunciado: no nos imaginamos qué alto grado de violencia puede experimentar el lenguaje sin que sufra la comunicación humana.

En su *Miseria y esplendor de la traducción*, Ortega lo explicaba unos años después con claridad meridiana: La traducción es imposible pero necesaria. Imposible porque hay diferencias insalvables entre el TO y el TM, debidas a que, mientras el autor se constituye en tal gracias a que se sitúa al margen del sistema de su lengua, el traductor debe respetarlo si no quiere enfrentarse al juicio negativo del público... Y para eso son los traductores demasiado pusilánimes y la traducción una modesta ocupación. Algo que años después Ernst Sander, traductor y traductólogo alemán, formularía de nuevo: «Übersetzer sind selten Bahnbrecher... Übersetzer sind recht eigentlich Epigonen»⁷³. Si a esto se añade que no hablamos en serio, que cuando queremos decir «está amaneciendo» estamos diciendo que el «sol sale por Oriente», tenemos trazado el cuadro completo de miserias de la traducción, que está obligada a reproducir esas mentiras del idioma original con las del propio. A pesar de lo cual debe intentar echar puentes por encima de esas diferencias, pues la comunicación cultural depende de la traducción, que así se constituye en misión imposible, en intento, en ensayo que llega al logro cuando la lengua original ha conseguido ahormar la de destino.

H. Broch, el novelista austriaco, obligado a vivir en el exilio americano, entre otras cosas, de la autotraducción, nos dejaba también sus reflexiones al respecto en un trabajo-conferencia que exponía en una universidad americana: «Einige Bemerkungen zur Philosophie und Technik des Übersetzens.» Partiendo de la distinción entre arquetipo

⁷³ Ein «Von Übersetzen ins Deutsche», en *Sprachkunst und Übersetzung*, 1983.

y logos, es decir, contenido y forma, Broch proponía esta última como base de concordancia entre TO y TM, mientras que los arquetipos, los contenidos, eran propios de cada idioma y por consiguiente intraducibles: «Die Übersetzung findet also zwischen zwei Sprachorganismen statt, die zwar im Syntaktischen gewisse Strukturähnlichkeiten besitzen, aber im Typischen, im Archetypischen so weit von einander abweichen, dass für Ausdrücke die in beiden verstanden werden sollen, Übersetzungsnotwendigkeit eintritt. Die syntaktische Konformität erleichtert die Übersetzung... in jedem Sprachorganismus steckt ein unübersetzbarer, eigentümlicher Kern...»⁷⁴. Era la vuelta a la concepción romántica del lenguaje, la de Humboldt y la de Grimm: los contenidos mentales de los pueblos y de los idiomas revelan enormes diferencias. Estos problemas de traducción se agravan cuando las lenguas en comparación responden a distinta tipología o *Sprachtypen*: aquellas en las que predominan la sintaxis o *logos* y aquellas en las que predomina la palabra o el *arquetipo*. Según Broch, el alemán pertenecería a las *Satzsprachen* o lenguas oracionales, mientras que el inglés sería un claro ejemplo de *Wortsprache* o lengua terminológica.

3.3. De Fedorov a Nord pasando por Mounin con parada en Meschonnic: la Edad Moderna de la teoría de la traducción

3.3.1. La revolución en la traductología

La Revolución Rusa lo fue también en el campo de la traductología. Poco después de que triunfara y antes de que estuviera consolidada, se ponía al frente de un organismo estatal para el fomento de la traducción y de su calidad a M. Gorki que, a pesar de estar orientado a la recuperación de obras clásicas, sentaría las bases de un interés que, al amparo de la orientación pragmática de la cultura soviética, abriría la puerta para que irrumpiera en la traductología todo el complejo de problemas que presentaba la traducción de textos técnicos y científicos. Efectivamente, la universalidad del desarrollo técnico se venía basando en una labor de traducción cuyos protagonistas siguen todavía en un anonimato del que algún día una historia más justa y completa de la traducción tendrá que rescatarlos. La traducción literaria

⁷⁴ «La traducción tiene lugar entre dos organismos lingüísticos que en lo sintáctico tiene ciertas semejanzas estructurales, pero que en lo típico, en lo arquetípico, están tan alejados en expresiones que en ambos organismos debería entenderse surge la necesidad de traducción. La conformidad sintáctica facilita la traducción..., en todo organismo hay un núcleo propio intraducible.»

perdía así foco en las reflexiones traductológicas que, paulatinamente, se hacían más lingüísticas.

Hacia los años 30 irrumpe una escuela, si así se puede calificar la enorme diversidad de posicionamientos que manifiestan los teóricos soviéticos, que va a aportar una densísima y amplia teoría siguiendo dos vías de reflexión, más que de investigación: la lingüística y la literaria. Para los representantes de la primera (Fedorov y Retsker), la traducción es una disciplina lingüística basada en «correspondencias regulares» entre los sistemas léxicos y gramaticales de las lenguas, mientras que la versión literaria de esta «escuela» (el entrecomillado pretende advertir de nuevo sobre lo peculiar del término) soviética de la traducción —representada por Chukovski— sigue insistiendo en el carácter artístico de la actividad. En todo caso son tanto unos como otros los que empiezan a hablar de *teoría de la traducción* (*Theoria o perevoda*).

El desarrollo de la primera vía en la década de los 50-60 sobre bases estructuralistas (Shveitser y Komissarov) deslindarían dos campos diferenciados dentro del área de conocimiento: la traducción humana y la mecánica. Para esta última, ya en los años 30 Smirnof-Troyanski había presentado a la Academia de las Ciencias de la URSS un proyecto de traducción automática que no tuvo éxito. Después de la guerra, cuando se relanzaron los proyectos instrumentales de la comunicación interlingüística por ambas partes del globo, el carácter científico de la actividad, sobre un modelo lingüístico, fue accediendo al primer plano de la problemática. Las diferencias de estructuras lingüísticas eran el escollo en el que tropezaban todos los esfuerzos de decodificación de los textos o mensajes para hacerlos mecanizables y en ello se volcaron todos los esfuerzos. Los textos técnicos presentaban otra problemática que sólo en parte coincidía con la de la traducción de los textos literarios. Paulatinamente se dejaba de hablar del arte de la traducción —término con el que se designaba la actividad en la segunda mitad del siglo XIX— para pasar a hablar de la *ciencia de la traducción*. El mismísimo Fedorov, gran santón de la teoría soviética, que había empezado a batir el cobre traductológico sobre el concepto de arte, cambiaba de chaqueta. Al tiempo que una absoluta precisión y exactitud terminológicas, la nueva traducción exigía también una *inteligibilidad absoluta* de los contenidos motivada por el carácter pragmático de los textos en cuestión.

3.3.2. La traducción científica y la traducción como ciencia

Para atender a la primera necesidad surgió, de trabajos que se remontan al siglo XVIII y, más recientemente, a principios de siglo, la

terminología. La *Verband Deutscher Ingenieure* había realizado en 1900 un primer *Technolexicon* que recogía unos 3,6 millones de palabras. Poco más tarde, Schломann hizo un léxico plurilingüe de términos técnicos clasificados con criterios sistemáticos, no lingüísticos. El creador de esta disciplina fue el profesor vienés Wüster, quien sentó las bases de normatización de los lenguajes científicos.

Paralelamente se empezaba a hablar de traducción elaborada, de *traducción funcional, profesional*, cuya base teórica la suministrarían un Bühler, un Jakobson, un Coseriu, un Mounin. La lingüística del discurso iba sancionando la traducción según el sentido. La distinción por parte de Bühler de las funciones del discurso, completada posteriormente por Jakobson, barrerá definitivamente la correspondencia léxica entre palabra y palabra de la traductología científica o filológica, que, por cierto, no siempre es la preferida de los traductores. Esa nueva teoría de la traducción empezó a ensayar nuevas denominaciones como la translémica, la traductología, *Translation's Studies*, etc.

Las décadas del 50-70 son la época fundacional de la teoría de la traducción moderna. El incremento de las relaciones humanas de todo tipo creó una demanda de mediación lingüística que, además de hacer surgir los correspondientes centros de formación de «mediadores lingüísticos» (las escuelas de traductores e intérpretes: Ginebra, Mons, París-Esit, Isti, Bruselas, Gemersheim, etc.), sancionó una nueva disciplina académica para la que se pretendía el rango de ciencia, bien como área de conocimiento lingüístico (aplicado o general) o semiológico, bien como área de conocimientos interdisciplinares integrados, bien como área autónoma, según se motivasen los momentos lingüísticos o extralingüísticos del proceso. Los nuevos casos de traducción (la subtitulación, la publicidad con apoyo gráfico, el doblaje, etc.) motivaban una u otra opción.

La complejidad y diversificación de los análisis teóricos, basados en la euforia que toda nueva ciencia provoca, ha crecido de tal manera que hoy en día es casi imposible abarcar de una manera integradora y sintética todas las áreas de investigación abiertas, si bien mayormente derivan hacia la *modelización descriptiva* del proceso, hacia la consecución de un modelo que se pueda mecanizar, es decir, utilizar en la MT o traducción mecánica. Esa modelización no ha conseguido, sin embargo, la pragmatidad suficiente como para que llegue a los operarios de base, que frecuentemente viven y trabajan de espaldas a todos estos ensayos de probeta de los científicos del laboratorio lingüístico. El modelo de teoría de la traducción propuesta por Barjudarov («la teoría lingüística de la traducción es una disciplina dual, descriptivo-prescriptiva, en la que el aspecto descriptivo es el fundamental y el prescriptivo desempeña un papel secundario, pero no por eso menos importante. Al describir objetivamente las regularidades existen-

tes en el proceso de traducción, elabora conclusiones teóricas sobre la base de este material; pero más adelante proyecta nuevamente en la práctica estos resultados en forma de determinadas orientaciones normativas que no son reglas rígidas e inviolables "para todos los casos", son recomendaciones que no poseen un carácter absoluto, sino relativo, y que pueden ser susceptibles de cualquier modificación en dependencia de cada caso concreto)⁷⁵ rara vez tiene una aplicación pragmática por parte de los enseñantes y aprendices de la traducción y escasa aplicabilidad a la traducción no funcional, es decir, la literaria, donde siguen valiendo las distintas opciones de la «estética» o poética de la traducción.

La teoría no debe suplantar ni los hábitos ni las habilidades prácticas, ni el ingenio ni el talento que se bruñe en la práctica intuitiva de la actividad. Ambas, teoría y práctica, deben marcar el paso al unísono. La tibia voluntad pragmática mostrada por muchos de estos traductólogos de laboratorio ha hecho que se siga hablando del *learning by doing*, del aprender a traducir traduciendo. Pocos de los grandes teóricos de la traducción —honrosas excepciones aparte: Wilss o Seleskovitch, etcétera— han destacado como profesionales de la traducción, al revés de lo que sucedía con los reflexivos tradicionales (Goethe, Lutero, d'Alembert, etc.), que obtenían sus estéticas, no sus modelos, de la experiencia con el texto, no de la teoría lingüística. Era ésta la que, por el contrario, se normaba y describía a partir de la experiencia.

3.3.3. Escuelas o corrientes

En este ambiente surgen las diversas tendencias de la traductología actual, con frecuencia determinadas, por diversos motivos, nacionalmente. En dependencia de la escuela soviética, la antigua escuela germano-oriental, siempre preocupada de salvar y aplicar la ortodoxia marxista poniendo la actividad traductora y traductológica al servicio de la lucha de clases⁷⁶, ha intentado investigar numerosos pro-

⁷⁵ Citado según Wotjak, en *Aspectos fundamentales de la teoría de la traducción*, La Habana, 1981.

⁷⁶ Ejemplo de este aserto son formulaciones o títulos tan categóricos como «Die Sozialistische Gesellschaft erwartet von der Übersetzungswissenschaft einen effektiven Beitrag zur Lösung der aktuellen Problemen bei der Informationsbearbeitung» (Jaeger) o «Die Kategorie 'Ziel' in marxistisch-leninistischer Betrachtung des Sprachmittlungsprozesses» (Georgi). Dicho en cristiano, respectivamente: «la sociedad socialista espera de la ciencia de la traducción una contribución efectiva a la solución de los actuales problemas de la elaboración de información» o «La categoría 'meta' en la consideración marxista leninista del proceso de mediación lingüística».

blemas parciales —traducibilidad, modelación del proceso⁷⁷, etc.— consiguiendo análisis muy diferenciados al respecto sobre una base lingüística y sancionando una nueva rama de la misma: la lingüística translatória⁷⁸. Una lingüística que se perdía en las nubes de la teoría aséptica. Era la «aritmética», muy alejada de la práctica, de la traductología. Se llegaba así a afirmaciones de la máxima esterilidad pragmática: «En casos especiales, representaciones finales semánticamente equivalentes de varios idiomas y sobre todo de dos, es decir, Pn_x y Pm_x (y ≠ x) se reducen a dos diferentes representaciones iniciales...» ¿Para qué seguir? Cualquier traductor con un poco de síndrome desearía que les zurcieran.

En la parte federal de Alemania surgió una pujante reflexión teórica centrada sobre todo en el análisis de la tipología textual y en las funciones del discurso para adecuar a éstas las variantes metodológicas a emplear a la hora de producir un texto-meta funcional, adecuado tanto a la función intrínseca del texto como a la trascendente del mandante o destinatario. Conceptos como *Skopos* o *Auftraggeber*, ya previstos por Humboldt, son nucleares en esa traductología. Representantes de esta orientación son Reiss, Vermeer y Nord. Huelga decir que estas teorías toman como base fundamental de reflexión la traducción de textos de tipo comercial, periodístico o técnico, sintiéndose más inseguras en el ámbito literario, que, en parte, pasan por alto apelando a los porcentajes de producción traductora.

Han sido los alemanes los primeros en hablar de ciencia de la traducción (Wilss, *Übersetzungswissenschaft*, M. Snell-Hornby, *Übersetzungswissenschaft Eine Neuorientierung*), mientras las demás versiones nacionales de la reflexión traductológica han utilizado términos de menos pretensiones, como «teoría de la traducción», «estudios de la traducción», etc. En ello no hay que ver sólo una pretensión de mayor funcionalidad del término creado, sino también una pretensión cosmovisiva de tipo fáustico, muy alemana. Para los teóricos alemanes, de procedencia académica la mayoría, la traducción debe ser un conocimiento sistematizable, aprendible y enseñable. Por el contrario, para el ruso-francés E. Cary, traductor y traductólogo, la traducción era intuición.

La escuela anglosajona-canadiense viene representada por Nida, Newmark, Catford, quienes renunciando al *pathos* técnico-teórico logran dar soluciones pragmáticas a las aporías de comparación interlingüística. La tipificación de las técnicas de traducción hecha por

⁷⁷ En 1992 se ha celebrado en la parcialmente remozada Universidad de Leipzig un congreso monográfico sobre el tema de la modelización del proceso traductor.

⁷⁸ G. Jaeger, *Translation und Translationslinguistik*, Halle, 1975.

Nida o por Vinay y Darbelnet⁷⁹ es uno de los logros más prácticos de la moderna traductología. Sus esquemas dieron lugar después a clasificaciones más diferenciadas que perdían el contacto con la necesidad pragmática.

En Francia, Mounin representó la teoría lingüística de la traducción con sus *Les problèmes théoriques de la traduction* (1963). Sin ser ni el primero ni el más agudo, la proximidad intelectual y lingüística le ha hecho en nuestro país uno de los santones de la traductología. Danica Seleskovitch, la autoritaria directora de la ESIT parisina, recientemente jubilada, ha basado una reivindicación de la fidelidad al sentido, ya anteriormente propuesta, sobre el modelo procesual de la interpretación simultánea, ya que éste permite una captación más plástica de los elementos, etapas o procedimientos que intervienen en el proceso de la traducción. Ni la traducción de palabras ni la traducción lingüística son el factor determinante en una auténtica traslación (= traducción equivalente). Junto con M. Lederer ha emprendido el análisis *decorticador* del proceso para después reglarlo adecuadamente. Más que un modelo novedoso parece una reformulación actual de análisis anteriores. Este modelo de traducción interpretativa, en el que insiste el libro de la colega parisense (no parisina) Hurtado Albir (*La notion de fidélité en traduction*), todavía debería demostrar —prácticamente— su aplicabilidad a la traducción antonomásica, la literaria. La teoría interpretativa de la traducción basa su análisis en el proceso y descuida el resultado.

En España, a pesar de nuestro pasado traductor, nos enganchamos con retraso a la traductología. Y con mayor retraso a la didáctica de la traducción. Tuvimos que esperar a los años 70 para que empezaran a surgir en Madrid, Barcelona y Granada las primeras instituciones dedicadas a la formación de traductores. La labor de García Yebra fue pionera y, por tanto, meritoria. Su *Manual* y sus trabajos de historia de la traducción son, junto con el de Vázquez Ayora y a pesar de ciertas críticas motivadas por el vicio nacional, la base de la traductología en castellano. La orientación didáctica de sus exposiciones, de carácter sincrético, es manifiesta y contrastada en la práctica del aula y del texto. Lo cual las convalida.

Toda esta abundancia de teoría analítico-descriptiva ha despertado, de nuevo, por saturación, el afán interpretativo, uno de cuyos mejores representantes es Meschonnic. Éste, en su *Pour une poétique de la traduction*, pasaba revista crítica a los supuestos de la traductología lingüística y abogaba por una teoría de la traducción que no fuera especulativa, sino una práctica teórica.

Si tuviéramos que tipificar esta moderna teoría de la traducción destacaríamos su tibieza en el ámbito de la práctica. No es exacta la afirmación de Fedorov de que la ciencia de la traducción no esté opuesta ni enfrentada a la práctica. Todo el *corpus* de doctrina traductológica se puede dividir en dos grandes campos: el proveniente de traductores —lo que Mounin llama los «practicones» de la traducción— y el proveniente de los lingüistas. Con frecuencia, para justificar a los segundos y la necesidad de ese tipo de teoría, se apela al ejemplo de la medicina. Al igual que la medicina es un arte que exige una sólida base teórica, así también la práctica traductora exige una conexión con una teoría iluminadora. Pero debe tratarse de una teoría originada en la práctica y que revierta en ésta, porque de lo contrario se agota en sí misma, asemejándose a aquella medicina galénica apriorística que reducía el proceso patológico a un desequilibrio de los humores del cuerpo. Al final del camino andado por esta teoría queda la pregunta en el aire: ¿sirve para traducir mejor?, ¿se traduce con ella mejor que con la experiencia de los practicones?

3.4. Conclusión: el eterno retorno

«Nada nuevo bajo el sol» sería, es la impresión que mediatiza un repaso, aunque sea somero, a la historia de la teoría traductológica. Ésta es, en el sentido más literal del término, una «palinodia», es decir, rectificación de la anterior. Toda la historia de la teoría de la traducción gira alrededor de la polaridad «literal/sensual». Es la realización específica de la dialéctica hegeliana; el yo y el no yo se enfrentan y el uno exige el respeto absoluto que el otro le niega. O el eterno retorno heraclíteano con tema y variaciones.

Los términos con los que se ha expresado la actividad llevan implícitas las dos concepciones de la traducción: mientras que *interpretación*, primera designación de la misma, conlleva una mayor libertad, la que exige toda hermenéutica, el acto de traslación concebido como transferencia o *traducción* supone una mayor sujeción, un mayor respeto a la cosa en sí: el texto.

Toda ella es un avance en espiral que va logrando nuevas perspectivas hasta llegar a análisis muy diferenciados: desde las poéticas iniciales que insistían en normar el procedimiento o en el valor retórico de la misma, hoy en día se ha llegado a la descripción del proceso y al diseño de modelos complicadísimos cuyo valor pragmático puede ser discutible, no así su valor teórico y epistemológico.

⁷⁹ Vinay-Darbelnet, *Stylistique comparée du Français et de l'anglais*, Paris, 1977.

Registro de autores y otros nombres propios

- ABLANCOURT, N. P. (1606-1664), traductor francés, cuya traducción de Luciano dio el modelo para «las bellas infieles».
- AGUSTÍN (354-430), Padre de la Iglesia Latina, obispo de Hipona, dedicó algunas consideraciones a la traducción.
- ALEMBERT, J. le R. d' (1717-1783), enciclopedista francés y traductor ocasional (Tácito), dedicó reflexiones incidentales a la traducción.
- AMYOT, J. (1513-1593), humanista francés. Su traducción de las *Vidas paralelas* de Plutarco serviría de modelo a otras posteriores.
- ARNOLD, M. (1822-1888), poeta, traductor y polígrafo inglés, fue protagonista, junto con Newman, de una de las discusiones traductológicas más célebres del siglo XIX.
- BACON, R. (1220-1292), franciscano, escolástico inglés, dedicó algunas reflexiones a la traducción.
- BATTEUX, Ch. (1713-1780), preceptista francés en el Collège de France, autor de un célebre *Cours de belles-lettres*.
- BELLAY, J. du (1522-1560), erudito francés emparentado con el cardenal del mismo nombre, fue uno de los maestros del soneto francés. Preceptista y traductor.
- BEMBO, P. (1470-1547). Humanista veneciano. Cardenal de costumbres disolutas, autor de una historia véneta.
- BENJAMIN, W. (1892-1940). Ensayista y crítico alemán. Su obra incluye una gran variedad de temas, tratadas con igual rigor filosófico, y constituye una de las producciones críticas más importantes del siglo XX.
- BODMER, J. J. (1698-1783), preceptista y crítico suizo de la Ilustración, contribuyó de manera definitiva, junto con Breitinger, a superar el gusto francés.
- BREITINGER, J. J. (1701-1776), crítico suizo, amigo del anterior.

BRËCHE, J. (1514-1583), traductor francés de Hipócrates.

BROCH, J. (1886-1951), escritor austriaco, autor de *La muerte de Virgilio*.

BRUNI, L. (1370-1444), humanista italiano al servicio del papa Juan XXIII, canciller de Florencia. Traductor de Platón, Demóstenes, Plutarco y Aristóteles al latín.

BÜRGER, G. A. (1747-1794). Escritor alemán, una de los máximos representantes del *Sturm und Drang*. Estudió teología, derecho y filosofía. Fue traductor de Homero y Shakespeare.

CAPMANY, A. (1742-1813), polígrafo español, autor de las *Memorias históricas sobre la Marina...*

CARTAGENA, Alonso de (1384-1456), escritor español, tradujo a Séneca y a Cicerón y comentó la *Ética* de Aristóteles.

CESAROTTI, M. (1730-1808). Historiador paduano de la literatura italiana, autor de un ensayo sobre la filosofía de las lenguas. Tradujo la *Iliada* en dos versiones, una en prosa y otra en verso, y las *Vidas* de Plutarco.

CICERÓN, M. T. (106-43 a.C.), el orador y senador romano, dedicó algunas reflexiones a la traducción sobre su propia experiencia como traductor de Demóstenes y Esquines.

CHAPMAN, G. (1559-1634), poeta y dramaturgo inglés, traductor de Homero (*Iliada*).

DACIER, A. (1647-1720), erudita francesa y traductora de la *Iliada*, representa la corriente contraria a las «bellas infieles».

DANTE (1265-1321), el autor de la *Divina Comedia* dedicó algunas consideraciones incidentales a la traducción.

DELLILLE, J. (1738-1813), poeta francés, traductor de las *Geórgicas* y las *Bucólicas* de Virgilio.

DOLET, E. (1509-1546), traductor, erudito e impresor francés de Lyon, murió en la hoguera a causa de los enfrentamientos con las autoridades de la ciudad debidas a sus traducciones.

DRYDEN, J. (1631-1700), poeta y dramaturgo inglés de familia puritana, representa en Inglaterra el clasicismo. Tradujo a Ovidio, Juvenal y Virgilio (*Eneida*).

FEDOROV, lingüista y traductólogo soviético.

FITZGERALD, E. (1809-1883), autor británico conocido por la adaptación (1859) de los *Rubaiyyat* del poeta persa Omar Khayyam.

FRAY LUIS DE LEÓN (1527-1591), monje agustino, poeta y traductor del *Cantar de los Cantares*.

FRERE, J. H. (1769-1846), traductor y diplomático inglés (Lisboa y Madrid); su traducción de Aristófanes hizo época.

FULDA, L. (1862-1839), dramaturgo alemán (*Der Talisman, Fraulein Fran*) y traductor (Molière, Rostand, Ibsen, teatro clásico español), presidente de la Academia de las Ciencias, fue depuesto por el régimen nazi, que le confiscó sus bienes. Se suicidó en Berlín.

GOETHE, J. W. von (1749-1832), el autor alemán, traductor ocasional, basaba

la *Wellliteratur* en una actividad traductora amplia que constituyera las literaturas nacionales en patrimonio de la humanidad.

GOTTSCHED, J. Chr. (1700-1766), erudito y poeta alemán, alumno de J. Chr. Wolff, introductor del gusto francés en la literatura y poética alemanas, enemigo acérrimo del teatro barroco. Tradujo a Horacio.

GERSTENBERG, W. H. (1731-1823), escritor danés en lengua alemana, cónsul danés en Lübeck. Amigo de Klopstock, contribuyó con su admiración por Shakespeare a la formación del *Sturm und Drang*.

GRIMM, J. (1785-1863), el erudito alemán, después de realizar sus estudios en Marburg y París, junto con su hermano menor Wilhelm, se dedicó a la investigación de las antigüedades alemanas, recogiendo las colecciones de cuentos que le han hecho célebre. Tradujo además diversas colecciones de lírica europea y dedicó reflexiones incidentales a la actividad.

HERDER, J. G. (1744-1803), polígrafo alemán, precursor del romanticismo, fundador de la filosofía de la historia, tradujo de las más diversas lenguas, aunque no siempre dispuso de conocimientos lingüísticos suficientes. Su traducción de *El Cid* es un ejemplo de lo que entonces se consideraba una adaptación.

HUET, P. D. (1630-1721), dignatario de la iglesia francesa, abad de Aulnay, obispo de Caen y posteriormente de Avranches, fue nombrado por Luis XIV preceptor del Delfín. En calidad de tal publicó ediciones de clásicos *ad usum delphini*.

HUGO, V. (1802-1885), el escritor romántico francés, prologó las traducciones de Shakespeare hechas por su hijo.

HUMBOLDT, W. von (1767-1835), político y polígrafo alemán, fundador de la Universidad de Berlín, de la que fue primer rector, teórico y estudioso de la lengua, se dedicó ocasionalmente a la traducción (Esquilo y Píndaro).

JERÓNIMO, S. (345-419), natural de Dalmacia, hace sus estudios en Roma y, anacoreta en el desierto de Calcidia, estudia el hebreo. Fue secretario del papa Dámaso. A la muerte de éste se retira a Belén, donde se consagra a la traducción de la *Biblia*. Defensor de la ortodoxia católica, polemiza con origenistas y pelagianos. Es uno de los padres de la iglesia latina y patrón de los traductores. Su *Carta a Pannagio* es uno de los escritos fundacionales de la traductología.

JOHNSON, S. (1709-1784), escritor británico. La traducción-adaptación de dos sátiras de Juvenal hizo época. Autor de *Lives of the Poets*.

KRANICKI, I. (1735-1801), obispo y poeta polaco.

LARBAUD, V. (1881-1957). Escritor francés. Colaboró con Joyce en la revisión de la traducción francesa del *Ulysses*. *Sous l'invocation de Saint-Jérôme* es una muestra de su labor como ensayista y crítico.

LEMAISTRE, A. (1608-1658), abogado y traductor francés, encerrado en Port-Royal se dedica a la traducción de la *Biblia* y de la vida de los santos.

LUTERO, M. (1483-1546), el heresiarca alemán se dedicó en su retiro de la Wartburg a la traducción de la *Biblia*, que realizó en compañía de Me-

lanchthon y otros. Es uno de los primeros teóricos de la traducción gracias a su *Sendbrief von Dolmetschen*.

MARMONTEL, J. F. (1723-1799), enciclopedista francés educado en los jesuitas, autor de tragedias clasicistas y de libretos de ópera para Piccinni, autor de una poética francesa, producto de sus contribuciones a la *Encyclopedie*.

MAIMÓNIDES (1135-1204), filósofo judío natural de Córdoba. Apóstata temporal, emigró a África. Traductor.

MOTTE, A. Ph. de la, escritor y traductor francés.

PANNWITZ, R. (1881-1969), escritor (*Trilogie des Lebens*), filósofo de la cultura (*Kosmos atheos*), próximo al círculo poético Charon de Däubler y de O. zur Linde, mencionado por Benjamin en su *Tarea del traductor*.

PELETHIER, J. (1517-1582), humanista, preceptista y traductor francés del Renacimiento, secretario del cardenal du Bellay, y traductor del *Arte Poética* de Horacio, trata de normalizar el uso de la lengua francesa con su *Poétique* y su *Dialogue de Portographie*.

PLINIO EL JOVEN (61-112), sobrino de Plinio el Viejo, escritor y político latino, traductor del griego.

POPE, A. (1688-1774), poeta y crítico inglés, traduciría la *Iliada* y la *Odisea* de Homero, tarea en la que invertiría diez años (1715-26).

PRÉVOST, A. (1697-1763), eclesiástico y novelista francés, novicio jesuita, fugado del convento, tradujo la *Pamela* de Richardson.

QUINTILIANO, M. F. (35-96), orador, abogado y preceptista latino, en su *De institutione oratoria* presta atención a la traducción, a la que atribuye un enorme valor como formadora del estilo.

ROSCOMMON, D. W., conde de (1633-1685), traductor inglés, escribió en verso un tratado acerca de la traducción en verso.

ROSENZWEIG, F. (1886-1929), filósofo alemán de la religión, de origen judío, amigo de M. Buber, traductor de la *Biblia*, y de Jehuda Halevi.

ROSETTI, D. G. (1822-1882), poeta y pintor inglés del grupo de los Prerrafaelitas.

SCHLEGEL, A. W. (1767-1845), crítico alemán teórico del romanticismo, desarrolló una enorme actividad traductora.

SCHLEIERMACHER, Fr. (1768-1834), pensador alemán del romanticismo, profesor de la Universidad de Berlín. Su ensayo *Acerca de las diferentes maneras de traducir* es el tratado de traductología más importante del siglo XIX.

SCHOPENHAUER (1788-1860), filósofo alemán, profesor de la Universidad de Berlín y traductor de Gracián.

SCHOTTEL, J. G. (1612-1676), preceptista alemán del barroco.

SEBILLEY, Th. (1512-189), político y escritor francés, autor de una poética que dedica diversas consideraciones a la traducción.

STÄEL, Mme. (1766-1817), escritora francesa, alma del círculo de Coppet, relacionada con los Schlegel.

TENDE, G. de (1618-1697), traductor francés.

TREVISI, J. (1361-1412), traductor inglés.

TREDIAKOVSKY, V. K. (1703-1768), poeta y erudito ruso, profesor de retórica en S. Petersburgo.

TYNDALE, W. (1494-1536). Reformador inglés, formado en Oxford y Cambridge, su proyecto de traducción de la *Biblia* le llevó a Hamburgo. Polemizó con Welsey, Moro y Tunstall. Detenido cerca de Bruselas, fue ahorcado y quemado.

TYTLER (1747-1814), aristócrata escocés, juez y traductor. Su *Essay on the Principles of Translation* es uno de los más importantes tratados de traductología.

VENZKY, G. (1704-1756), erudito colaborador de Gottsched, corrector de la escuela catedralicia de Halberstadt y de Prenzlau, miembro de la *Deutsche Gesellschaft zu Leipzig* desde 1732, colaborador de las *Critische Beyträge*, primer traductor del *Soliloquy* de Shaftesbury (según Walzel, en 1738, Magdeburgo). Editor de las obras de Varrón y comentarista, traductor de Benn, la *Biblia*, Clark.

VIVES, J. L. (1492-1540), el humanista español es autor de una poética en la que dedica su atención a la traducción.

WIELAND, M. (1733-1813), representante del rococó literario, amigo de Goethe y Schiller en Weimar, fue traductor de Shakespeare.

WILAMOWITZ-MOELLENDORF, U. (1849-1921), filólogo clásico alemán y traductor.

WINKLER, J. H. (1703-1770), filósofo y filólogo, profesor de Goethe, wolfiano, miembro de la *Deutsche Gesellschaft in Leipzig*.

WYLE, Niklas von, erudito alemán del siglo XIV que a través de la traducción de obras latinas pretendía llegar a formar una prosa literaria alemana. En su serie de *Translatzen* dio al público dieciocho versiones alemanas del Renacimiento, entre ellas el *Eurialo* y *Lucrecia* de Piccolomini y alguna de Boccaccio.